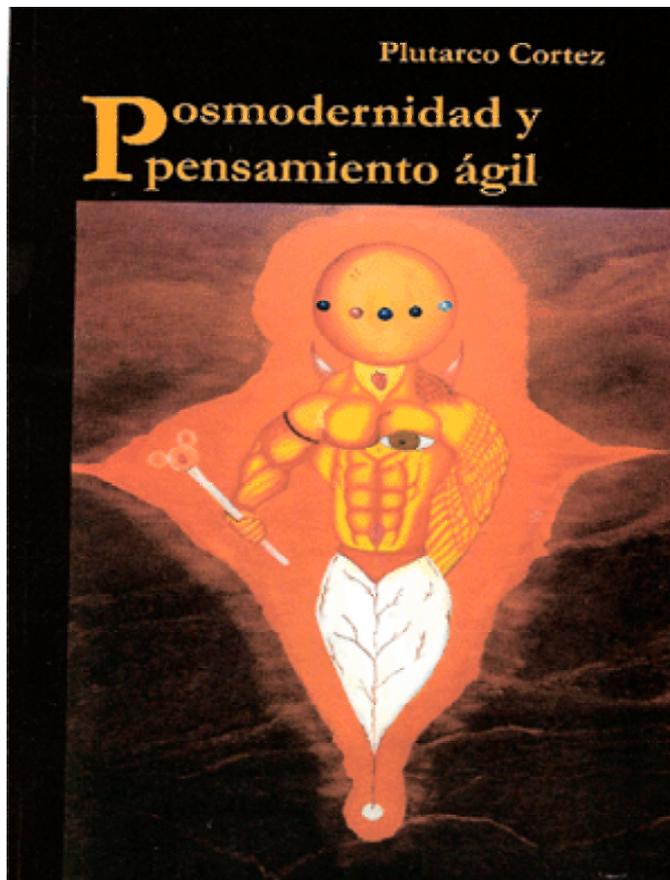




Postmodernidad y Pensamiento Ágil

Plutarco Cortez



Contenido

1. Introducción
2. Un yo contingente
3. Postmodernidad y pensamiento ágil
4. Se acabó la metafísica
5. Sólo la creación salva
6. La palabra nombra y da forma
7. El hombre y el tiempo
8. Todo es memoria
9. Por una nueva actitud estética
10. Por una pluralidad a todos los órdenes
11. El humanismo en la postmodernidad
12. Sensibilidad y predisposición.
13. (aforismos)
14. Fuentes

Título: *Posmodernidad y pensamiento ágil*

Autor: Plutarco Cortez

Editor: Francisco Arellano Oviedo

Director de publicaciones: Jorge Eduardo Arellano

Diagramación: Lydia González Martinica. PAVSA

Cubierta: “El creador” (1997), óleo de Plutarco Cortez Jr.

Managua, enero de 2008

N	
199.72	
C828	Cortez, Plutarco
	Posmodernidad y pensamiento ágil / Plutarco
	Cortez. -1a ed.-- Managua: Academia Nicaragüense
	de la Lengua
	110 p.
	ISBN: 978-99924-0-695-3
	1. FILOSOFÍA MODERNA-ENSAYOS

© Academia Nicaragüense de la Lengua, 2007.

® Todos los derechos reservados.

Introducción

Las nuevas visiones del mundo no surgen por caprichos de algunos hombres y mujeres. Preferimos creer que estas surgen porque el mundo ha cambiado. Al presentarse tal situación, es preciso que nosotros cambiemos de postura y nos apresuremos a hacer una revaloración de todas las cosas. Si las cosas del mundo sólo pueden tener el valor que nosotros les asignamos, significa que tenemos el poder de reordenar el mundo, creando nuevos parámetros de valoración y una nueva gama de conceptos. La modernidad por ejemplo, surgió ante la necesidad de una nueva terminología. La vieja infraestructura de pensamiento estaba nutrida de conceptos rígidos, y en general, la vieja terminología carecía de fluidez y fue por ello, que una vez más, la capacidad creativa del hombre se puso de manifiesto, con la creación de nuevos parámetros de valoración, la creación de nuevos conceptos y la puesta a prueba de una nueva terminología.

En la modernidad, la razón sustituyó a la revelación. De una concepción cíclica del tiempo en la edad media, pasamos a concebir (en la modernidad) un tiempo lineal, tiempo progresista y de finalidad, tiempo que vale decir, de los relojes. Tiempo futurista. Tiempo racional y de la certidumbre.

En el contexto moderno el deber está por encima de la vida, el dualismo cuerpo-alma, Como concepto fundamental de la moral de la modernidad, con prioridad, nos manda a salvar el alma.

En esta perspectiva la vida pierde importancia, lo que importa no es la vida, sino cumplir con el mandato moral. La filosofía moderna, no es una filosofía de la vida, es por lo contrario, una filosofía contra la vida.

El universo es homogéneo e inmutable y eterno. Todas las cosas poseen identidad persistente y cada una existe por sí misma y en aislamiento una de la otra. En este contexto, cada cosa tiene un valor absoluto. Los conceptos y valores tienen validez universal.

Pero sucede que otra vez, los pensadores hemos cambiado de postura, urgidos por el surgimiento de una falta de fluidez en el orden establecido. (La modernidad.) En este nuevo contexto, igual que cuando se inició el Renacimiento, todas las cosas vuelven a cambiar de aspecto, incluido el universo. El universo ya no es homogéneo e inmutable y eterno, como lo concebíamos en la modernidad.

El tiempo es fragmentario, polidimensional y policrónico, es decir, concebimos el tiempo, en consonancia con el universo, como una pluralidad de procesos abiertos y dinámicos. Las cosas no existen aisladamente, sino que, cada cosa existe en relación con todo lo demás y los valores y conceptos no tienen validez universal. Cada cosa, cada valor y cada concepto, toma su validez en un determinado contexto.

En esta nueva perspectiva, afirmamos una filosofía de la vida, los mandatos morales no son inteligibles, es la situación la que ejerce el imperio de la vida. Hemos de vivir cada instante, como si el cielo estuviese a punto de romperse. Todos nuestros deseos han de ser satisfechos aquí y ahora. No hay más allá. Todo está dentro, nada hay fuera. Primero la vida. Después las especulaciones sobre el Ser.

La naturaleza y el mundo, una como el otro, se fundamentan en el Mito, desde que descubrimos en ambos, una condición transmutante. No es posible una identidad persistente. Toda identidad se vuelve precaria bajo el imperio de las contingencias. En este contexto, el principio de que: " todo lo que es real es racional y todo lo que es racional es real," no tiene sentido, es decir, que tal principio es un mito más.

Si todas las cosas cambian continuamente de forma y lugar, ¿Qué sentido tiene que nos esforcemos por definir a priori una de estas, o buscar su aspecto racional?

Si en nuestro contexto posmoderno, algo del pasado próximo o lejano ha tomado vigencia, es sólo en virtud de la fuerza del mito, no obstante, el posmodernismo no es la suma de todas nuestras concepciones del pasado, no es tan simple, como han creído algunos de sus críticos.

En principio, si así fuere, el todo es siempre mayor que la suma de sus partes. No tendríamos porqué preocuparnos los que abrazamos la concepción posmodernista, como nueva visión del mundo y de la vida.

Por otra parte, si algunos conceptos y valores del pasado próximo o lejano, toman vigencia en nuestro contexto, habrá sido, como dijimos ya, en virtud de la fuerza del mito.

En cada uno de los artículos que integran el presente libro subyace el mismo deseo, un deseo de que no sólo la propuesta posmoderna (después del fracaso de los metarrelatos y la noción progresista) sino que también expresan el deseo de una cultura occidental posmetafísica.

El concepto: se acabó la metafísica, no lo tomemos literalmente. Tomémoslo como la expresión de un deseo nada más.

Dice Richard Rorty, más o menos así: una cultura posmetafísica no parece más imposible que una cultura posreligiosa e igualmente deseable.

Pero no deja de ser halagador el hecho de que la metafísica haya perdido su lugar de privilegio en el contexto del pensamiento occidental.

Conceptos como historicismo no convergente, pluralidad a todos los niveles, transmutación constante de todas las cosas, indeterminismo y azar etc., hicieron posible tal desplazamiento.

No creemos que más allá de la pluralidad temporal y del azar exista un orden bien fundado. La mayoría de la gente cree que existe tal orden, pero esta gente que cree tal cosa, en su mayoría, carecen de una vasta cultura y casi todos están comprometidos con alguna forma de fe religiosa.

El concepto de que: todo está dentro, nada hay fuera, comporta la intención de cortar las alas a toda forma de trascendencia y también para desanimar a todos aquellos que desean que haya un orden bien fundado más allá de la pluralidad temporal y del azar.

Y si la naturaleza en general no posee una referencia absoluta y constante, tampoco el mundo intersubjetivo de la vida podrá poseerla, por ello no tiene sentido la afirmación de Habermas, en el sentido de que hay un mundo objetivo que es referencia constante de este mundo intersubjetivo y que es idéntico para cada uno de los individuos de este mundo.

Dicho concepto conlleva también la noción de que llevamos el universo, con todas sus propiedades dentro de nosotros.

La noción de un yo que tiene su origen en un pasado lejano y que comienza siendo una unidad simple, inconsciente y pulsante, hasta llegar a un estado casi absoluto de predisposición, emerge ante las exigencias de un mundo cambiante y sorpresivo.

Afirmamos a través de todo el libro que la sensibilidad es el mayor atributo del hombre y no la razón, como creían los modernos, porque es la facultad que nos pone

en contacto con las cosas de nuestro entorno y es también la facultad que nos permite percibir las contingencias del mundo y de la vida.

En el contexto de un mundo homogéneo y estático que era como lo concebía la física y la filosofía tradicional, la noción de un pensamiento vertical, era adecuado para decidir y acertar adecuadamente cómo eran las cosas.

Pero en el nuevo modelo del mundo, que nos describe la física cuántica, con el beneplácito de la filosofía posmoderna, que es abierto, dinámico y fragmentario.

En este nuevo contexto, el pensamiento vertical se vuelve obsoleto. Este nos era útil para describir las cosas que comporta un mundo homogéneo y estático, las cuales poseían identidad persistente. Pero si en nuestra nueva concepción, el mundo es abierto, dinámico y fragmentario, esto implica también, que ninguna cosa posee identidad persistente, todas las cosas cambian continuamente, de forma y de lugar, esto nos exige la noción de un pensamiento ágil. Por eso es la noción que hemos adoptado. Puesto que un pensamiento ágil, implica también, un lenguaje rápido, e incluso, un mundo dinámico que los engendra a ambos y como a la larga, el mundo no tiene independencia ni del pensamiento ni del lenguaje, no hay ningún problema en cuanto a la reflexión de los grandes y de los pequeños problemas del mundo.

Un Yo Contingente

Todas las creencias que son fundamentales para la imagen que una persona tiene de sí misma son tales porque su presencia o su ausencia sirve de criterio para discriminar las buenas personas de las malas, el tipo de persona que uno desea ser del tipo de persona que uno no desea ser.

Richard Rorty, contingencia, ironía y solidaridad.

Después de abandonar la visión metafísica del mundo, que estaba fundamentada en una visión objetivista y alimentada por un ente atemporal, estamos dispuestos a sostener, un punto de vista subjetivista.

Pues comenzamos creyendo que todo lo que hay que cuidar y de lo que nos tenemos que cuidar está dentro, que nada hay fuera.

A partir de este presupuesto vamos a tratar de indagar de qué modo está constituido nuestro yo.

La caracterización que hace Richard Rorty del yo, en el sentido de que es una trama de creencias y nada más, no me satisface del todo, puesto que creo que antes de las creencias que constituyen tal trama tiene que haber algo, pero él no hace referencia a nada que pueda preceder a esta trama de creencias, nos presenta un yo en estado consciente, actuando ya dentro de un entorno, adoptando creencias que luego son las causantes de la actividad del individuo en el mundo, no nos habla de ningún estado anterior a éste del yo. Nos muestra una imagen y no nos habla del origen de tal imagen.

Creo que el yo como núcleo del individuo ha de comenzar siendo una unidad simple, inconsciente y pulsante.

Caracterizamos este estado del yo, como un estado casi absoluto de predisposición, que en la medida en que va incluyendo creencias, deseos, temores etc. se va volviendo complejo y a la vez va tomando conciencia de su entorno y de sí mismo.

Rechazamos además, una imagen simple del yo, representado a secas por una trama de creencias, donde todas son impulsoras de actividad.

Propugnamos por una trama que incluya elementos de distinta naturaleza. Creemos que es del conflicto que surgen las grandes manifestaciones, ante todo por esto, es que no encontramos apropiada una imagen simple del yo, es preciso que la trama representativa contenga el elemento negativo.

En otras palabras, concebimos el yo como una trama hecha de creencias positivas y creencias negativas; el deseo por ejemplo, es una creencia afirmadora de vida, por lo contrario, el temor es una creencia negadora de ésta. Ante el temor disminuimos nuestra actividad en el mundo y ante el deseo la aceleramos.

Esta trama de creencias negativas y creencias positivas comporta una contradicción interna, pero en tanto no se produzca una desproporción negativa, nuestro yo se mantendrá íntegro.

Por lo demás, esta trama se reajusta constantemente en su confrontación con el entorno.

Una vez que hemos adoptado esta noción del yo y además subrayamos el estado primario del mismo, como un estado casi absoluto de predisposición, hemos quedado claros en cuanto a cómo se constituye, nos resta indagar acerca de sus rasgos característicos.

Si nuestra actitud en general frente al mundo luce cambiante, esto se debe ante todo a que nuestro yo precisa reajustarse continuamente en su confrontación con todo lo demás. En esta perspectiva no es factible sostener actitudes rígidas. En el pensar y el actuar, por nuestra integridad, hemos de mostrar disponibilidad a cambiar.

En el contexto de un universo como el que descubrimos a diario, (de condición fugaz) no es congruente pensar un yo substancial, no contingente, sino que por lo contrario, es más inteligible pensarlo como algo cambiante, expuesto a las contingencias propias del cambio. Lo podemos pensar también como una entidad dinámica que se reinventa a sí misma además de reinventar todas las cosas que le rodean. Que no tiene una estructura fijada de una vez para siempre, sino que, es una estructura que se hace y deshace continuamente. Desde esta óptica no tiene sentido la dualidad mente-cuerpo y ha quedado eliminado sin forcejeo alguno el yo como entidad trascendente. Como dijimos al inicio: todo está dentro, nada hay fuera.

Podemos comenzar sin pérdida de tiempo, aquí y ahora, a alimentar aquellas creencias y aquellos deseos que en nuestras actuales circunstancias sean de prioridad y desentendernos de aquellas y aquellos que no lo sean. Los malabarismos conceptuales, igual que la fe ciega en la razón, fue una pérdida de tiempo.

De nuestro yo, concebido como una trama que se reajusta continuamente, surge una visión práctica de la vida.

El inicio de cualquier clase de acción presupone siempre un estado disposicional, es decir, presupone siempre una creencia.

Sabemos también que el efecto de nuestras acciones, en nuestra confrontación con el entorno, no puede ir más allá de este espacio-tiempo en que vivimos como seres humanos. No es práctico ni provechoso, diría un pragmatista, pensar en que nuestras acciones surtirán efectos en otros universos posibles, universos irreales, como tampoco lo será creyendo que sufriremos consecuencias de estos, pues consideramos real sólo a aquello que ha sido determinado, aquello que ha sido descrito por nosotros y sólo esto podrá afectarnos.

Comenzamos nuestra actividad sobre el mundo con la convicción de que lo hacemos en relación con muchas cosas más y que nos vigorizamos con la acción y que nuestra sensibilidad nos proporciona la habilidad para ponernos en contacto directo con las cosas.

Podemos atribuir a un individuo creencias, deseos y temores. Dichas atribuciones nos permiten predecir, hasta cierto punto, el comportamiento de tal individuo.

Diremos con Richard Rorty que nuestro yo no sólo es una trama de creencias, deseos y temores que se reestructura continuamente, sino que tal trama lo es todo. Porque no existe un yo que no sea esa misma trama de creencias, deseos y temores, esto es el individuo mismo.

En términos prácticos no tiene sentido la dicotomía mente-cuerpo. Podemos considerar, como lo hacen los pragmatistas anglosajones, estados mentales a las creencias, deseos y temores, etc. sólo cuando queramos justificarlos como estados intencionales.

Por otra parte, no podemos definir cada creencia, respecto a su importancia, aisladamente, sino que sólo en virtud de su posición dentro de la trama, como tampoco podemos definir ninguna otra cosa, sino en relación con todo lo demás.

Es una necesidad universal de que todo debe estar relacionado con todo.

Dentro de la trama universal la importancia de cada cosa depende de su posición dentro de la misma.

Hay estados mentales que conforman el núcleo del yo, la remoción de uno de ellos, al igual que cuando fueron adoptados, implican cambios radicales respecto a la conducta de un individuo. Por lo contrario, hay otros que podemos calificar de pasajeros, cuya remoción no producen, cuando son adoptados ni cuando son removidos gran alteración en el comportamiento del individuo.

Nos complace el saber que la física cuántica describe al universo como un proceso dinámico y abierto y además, en constante transmutación. No dejando así, ningún espacio para entidades lentas e inmutables.

En un mundo así, si tenemos algo que hacer, (por nuestra autoafirmación) no hay más que ir directo al asunto y hacerlo de tal modo, como si el cielo estuviese a punto de romperse.

No tenemos problemas para funcionar en un universo de tal naturaleza. Nuestra sensibilidad, como habilidad para ponernos en contacto con las cosas, nos permite movernos en la dinámica de un entorno relacional y cambiante. La estructura de este yo dinámico se reajusta constantemente y de este reajuste depende nuestra pervivencia.

Asumimos que está roto el mito de la sustancialidad. Las cosas son en su mayor medida, al no reconocerse en ellas ninguna propiedad intrínseca, lo que nosotros decimos de ellas. Las describiremos tal a como se nos presenten a nuestro entendimiento actual y les daremos el uso que por hoy nos permitan.

Hay un hecho que demuestra que las cosas no existen, ni pueden afectarnos, en tanto no les hemos dado una descripción. Que sólo la palabra nombra y da forma. Que sólo tienen existencia real, aquellas cosas que han sido descritas por nosotros.

¿Quién ha visto la cara de Dios? Nadie. Y no es posible que esto suceda. Al inicio de nuestra cultura se nos prohibió hacer una descripción de él. Al extremo que se nos dijo que aquel que viera la cara de Dios, en verdad que moriría en el acto. Y en esto consiste el hecho de que nadie puede ver la cara de Dios.

Por lo demás, esto demuestra de paso, que nuestra cultura, además de ser autoreflexiva, es nuestra memoria colectiva. O por decirlo en términos de Jung: el inconsciente colectivo contiene la sabiduría de los siglos.

No vamos a explicar el por qué no es posible que veamos a Dios, sin referirnos al problema de los fantasmas en general. Sabemos que cada cultura tiene sus propios

fantasmas y que éstos tienen la forma que cada una de ellas les ha dado y que tal descripción, convierte a cada fantasma en una existencia real, por esto es posible, por alucinación o por lo que sea, que los veamos y a fin de cuentas, como todo está dentro, nada hay fuera, excepto lo que nosotros ponemos ahí, no es nada raro que los podamos ver, basta con que tengamos una descripción de cada uno de ellos, para que en cualquier momento, sin desearlo, de modo imprevisto, cuando menos esperamos, podemos ver frente a nosotros a un determinado fantasma y no sería raro que su presencia nos aterrorizara.

En nuestra perspectiva, la descripción de las cosas, se convierte en la única verdad acerca de ellas. No debemos preocuparnos ya por el estudio del ser como entidad esencial, precisamos más bien de pensamientos prácticos.

Antes de ser descrita y determinada una cosa, ¿dónde estaría tal cosa? ¿En el mundo? ¿Cuál mundo? ¿En el mundo posible? En el mundo posible no cabe nada, carece de espacio, porque está inmerso en nuestra mente. Somos los únicos que podemos poner ante nosotros mismos tal mundo y la cosa a la vez.

En tanto no hayamos hecho uso del verbo, el mundo y las cosas no podrán tener existencia real.

Asumimos que hemos construido una imagen no substancial del yo y ahora queremos poner de manifiesto cómo se corresponde dicha imagen con una noción historicista no convergente, en esta perspectiva, que es a la cual nos hemos plegado, restándole importancia decididamente a la noción historicista convergente en todas sus formas.

Bajo esta óptica vemos que el mundo en todos sus aspectos resulta ser plural. No estamos dispuestos a comenzar la búsqueda de un lenguaje último, universal. No tendría sentido tal búsqueda, puesto que no creemos en una verdad última, a parte del carácter transmutante de cada cosa. La única verdad que nos preocupa es la autenticidad que deben tener, aquí y ahora, dichas cosas para nosotros.

Nuestra noción historicista no convergente, en correspondencia con nuestro yo como una entidad cambiante, que se hace y deshace continuamente, implica también transmutación a todos los niveles. Ninguna cosa persiste, toda identidad es precaria, la nuestra, como seres humanos que somos, por el hecho de tener autoconciencia, es la más precaria de todas. Debido a nuestra sensibilidad, nos vemos urgidos constantemente a reestructurarnos partiendo de fragmentos rescatados del pasado y debido a nuestro contextualismo implicado en nuestra noción, ninguna cosa tiene valor por sí misma, sino que cada cosa ha de tomarla en un contexto determinado y así mismo sucede también con la justificación de nuestras acciones.

Sólo nos faltaría explicar (en este contexto) el problema de la comunicación, el cual es una cuestión de lenguaje y tiempo. Toda comunicación lingüística se da en un espacio-tiempo. Entendemos el concepto, historicismo no convergente, en términos de pluralidad temporal. Somos congruentes con lo que dijimos más arriba, en el sentido de que la búsqueda de un lenguaje único, universal, no tiene sentido.

Si en nuestro contexto, el tiempo es plural, sólo una pluralidad de lenguaje nos garantiza nuestra comunicación, puesto que lo esencial en una comunicación recíproca, además de coincidir en un espacio-tiempo, es hablar el mismo lenguaje.

En términos de Habermas la acción comunicativa es una acción de lenguaje. Dice que la expresión lingüística es ella misma una forma de acción que sirve para el establecimiento de relaciones interpersonales y que en la medida en que el acto de habla establece una relación intersubjetiva entre hablante y oyente, se produce una relación objetiva con el mundo.

Es preciso hacer notar también que para Habermas, el lenguaje tiene dos funciones, la de instrumento de comunicación y la de ser vehículo del pensamiento.

Para nosotros, el lenguaje no va más allá de ser un instrumento de comunicación y para que la comunicación sea posible, es preciso, como requisito, que haya más de un individuo hablando el mismo lenguaje.

No creemos en una comunicación discursiva, como postula Habermas, pues sólo en el lenguaje está contenido el poder de la comunicación. Si abrazamos la noción de pluralidad de lenguajes, estamos forzados también a afirmar que el mundo, siendo para nosotros una construcción lingüística, es plural en todos sus aspectos.

Diremos, al estilo de Richard Rorty, que en un mundo así, no tiene sentido una noción de objetividad, creer en tal cosa sería igual que seguir atados al dualismo platónico de apariencia y realidad.

Posmodernidad Y Pensamiento Agil

Cuando una obsesión privada da lugar a una metáfora para la cual podemos hallar una aplicación, hablaremos de genialidad, y no de excentricidad o de perversión.

Richard Rorty, contingencia, ironía y solidaridad.

La actitud posmoderna es adoptada en virtud de las transformaciones que afectaron todos los ámbitos de la cultura occidental, la ciencia, la filosofía, el arte, y la literatura, etc., a partir del siglo XIX. Pero la gran transformación comenzó después que se publicó la ley de la relatividad y los primeros descubrimientos de la física cuántica. Estos eventos rompieron todas las estructuras del paradigma Newtoniano de la modernidad y trastocaron todos los esquemas que tal paradigma conllevaba; la concepción atomista del mundo, la razón, como el mayor atributo del hombre, la noción progresista, y una visión homogénea e historicista convergente, que había sido sostenida hasta entonces precisamente por la visión metafísica del mundo.

Todo el andamiaje de la modernidad se vino a bajo y las grandes narraciones (sistematizadas, de autores como: Descartes, Locke, Kant, Hegel, Marx etc.) de tal época, se convirtieron en simples referencias históricas.

La concepción posmoderna, más que en cualquier otro lugar, ha hundido sus raíces en los descubrimientos realizados por la física cuántica durante la segunda mitad del siglo veinte, después de haberse sustentado, según Lyotard, de la crisis de los grandes relatos y la pérdida de sentido de los grandes discursos.

Para los posmodernos, los metarrelatos como la Biblia y el marxismo, son fábulas que proporcionan a la gente, en el caso de la Biblia aún hoy, sentido de la vida a base de fe y creencia, en el contexto de la Biblia, todas las acciones de los individuos están orientadas, por decirlo en términos de Habermas, normativamente por la obtención de valoraciones espirituales, hacia el paraíso celestial, en tanto que en la perspectiva marxista, las acciones de los individuos (los proletarios) están orientadas a alcanzar un estadio sin clases, un punto singular de la historia, un ambiente de unanimidad...

Estos metarrelatos, (teleológicos) cada uno de ellos, con diferente metodología, promete a la humanidad enrumbarla hacia una estancia de concordia y armonía.

Los autores de semejantes narraciones, desde un punto de vista privilegiado, externo, como si se encontrasen en un punto singular de atemporalidad, pretenden darnos una descripción totalizadora y de una vez para siempre del mundo y de todas las cosas. Por lo contrario, el posmoderno contrapone a esto el aspecto contingente, discontinuo y un historicismo no convergente (del mundo) a todos los niveles. Concibe

al mundo como una pluralidad y no tiene acceso a ningún punto de vista privilegiado, fuera del contexto plural nadie puede apostarse, todo está dentro, nada hay fuera, no pretendemos hacer una descripción totalizante de una vez y para siempre del mundo, por que lo concebimos, además de plural, también de condición transmutante.

Todos los conceptos y lenguajes envueltos en las concepciones de las grandes narraciones totalizadoras y dadoras de sentido, son herramientas obsoletas en la perspectiva posmoderna, en este nuevo contexto los relatos proporcionadores de sentido ya no tienen razón de ser, nos hemos convertido, nosotros mismos, en creadores de sentido, nuestras acciones no se dan en un ambiente de unanimidad de espíritu y razón unificada, y debido al proceder contingente del mundo, nuestras acciones se orientan por una teleología incierta.

Después de los resultados, al no llenar las expectativas las grandes narraciones, tenemos motivos para construir, sin complejo, nuestras pequeñas, fragmentarias y dinámicas narraciones y además, tomaremos conciencia de que nada hay afuera, de que todo está adentro, los pequeños y los grandes problemas, y en cuanto a la consecución de nuestros propósitos contingentes, trataremos de ajustarnos a cada situación de la mejor manera posible y nuestras valoraciones las haremos independientemente de cualquier regla o postulado rígidos, tampoco nos pondremos a buscar la verdad, porque ésta ha de ser creada por nosotros mismos.

Dije al inicio, que el posmodernismo hunde sus raíces en los descubrimientos de la física cuántica, esto significa que estamos anuentes a adoptar la mayoría de los conceptos de ésta. Para comenzar, concebimos un universo indeterminista, de condición cambiante, de comportamiento caótico y de accionar sorpresivo, nadie puede estar seguro de nada.

Si percibimos este mundo de la vida (interrelacionado,) similar al que ven los físicos cuánticos a través de instrumentos tecnológicos, no hay motivos para no renunciar a las viejas concepciones que constituyeron a la modernidad.

Los filósofos de antaño creyeron que la verdad estaba en algún lugar y se pusieron a buscarla, creyeron que los componentes del mundo eran persistentes y no hacían otra cosa que tratar de perpetuarse ellos mismos.

Fue el pensador posmoderno quien se percató de lo contrario. Nos dimos cuenta de que así como todas las cosas cambian continuamente y estamos obligados a redescribirlas una y otra vez, así también nosotros somos incapaces de persistir en un estado único. Nuestra existencia depende de que podamos crearnos y recrearnos continuamente.

En lo que va del enfrentamiento “dialéctico” que estamos haciendo entre la modernidad y la posmodernidad, ya estamos claros de una cosa importante, a saber, que la metafísica ha llegado a su fin, hemos de acostumbrarnos a vivir sin ninguna clase de explicación fundamentadora. Lo más racional ante el comportamiento de nuestro mundo es adoptar un pensamiento posmetafísico, antimetafísico.

En el debate modernidad-posmodernidad, ante el fracaso de los grande relatos, incluida la historia como tal, se presume por parte de algunos pensadores que se da un fin de la historia.

Pero yo entiendo que estos pensadores, cuando hablan del fin de la historia, se refieren a la historia en términos modernos, pues sólo es apropiado hablar de final. De la historia, de la filosofía, de la literatura, del arte, ect., dentro del contexto de los metarrelatos, ya que estos conllevaban por cierto, el concepto: historicismo “convergente”.

No creo congruente hablar, literalmente, de un fin de la historia. Ya no tiene sentido que nos refiramos a la historia de modo singular y en términos universales, sino que más bien lo haremos en términos plurales, que conlleva a su vez el concepto: historicismo no convergente. Ya no hablaremos de la historia con mayúscula cuando queramos señalar el tiempo transcurrido desde el momento de cuando empezamos a medirlo, desde cuando tomamos conciencia de él, hasta hoy.

Algunos conceptos que conlleva la posmodernidad: dinamismo, falta de certezas, fragmentariedad y una supuesta incapacidad para reflexionar sobre los grandes temas, creen algunos que pueden ser causa de ansiedad para el individuo.

En cuanto a los grandes temas, no creo, de verdad, que no podamos reflexionar sobre ellos, ¿qué nos lo impide? ¿Una razón cansada (Bataille)? A tal concepto de una razón cansada o pensamiento cansado, no creo que se le pueda atribuir una buena caracterización, no le encuentro sentido a esto. Cuando el mundo se volvió dinámico, sucedió precisamente porque el pensamiento ya se había vuelto dinámico.

¿No somos racionales los posmodernos? Claro que somos racionales. Yo percibo un aspecto contingente e irracional del mundo, pero es precisamente en él que consiste la irracionalidad, el individuo es preciso que sea racional para precisamente, poder hacerle frente a esa irracionalidad del entorno. Lo que no debemos hacer nunca, es enmarcarnos en metodologías y mucho menos en esquemas racionalistas, es preciso que estemos libres de toda clase de barrera en todos los sentidos. Si estamos en condiciones de libertad, sin una obediencia incondicional a ninguna clase de dogma, nuestras posibilidades de éxito en la consecución de nuestros objetivos aumentarán, sólo dependerá de que entendamos la insinuación circunstancial.

Antes, los grandes temas ocupaban grandes espacios, ahora esos mismos temas caben en espacios más reducidos, porque han sido compactados, se han ajustado a las nuevas condiciones del mundo, a un nuevo modelo del mundo.

Es falso que no podamos reflexionar sobre estos supuestos grandes temas del mundo, no hay nada que nos lo impida hacerlo. Todos los temas sobre los que el hombre, de ayer y de hoy, haya pretendido reflexionar, han estado siempre dentro del mundo concebido por él y si antes teníamos acceso a los supuestos grandes temas y podíamos reflexionar sobre ellos, ¿qué nos impediría hoy hacerlo, dentro del mundo, tal a como lo concebimos ahora? Nada nos lo impide hacerlo, así como nada se lo impedía al filósofo moderno. El pensador de antaño pensaba las cosas dentro de un contexto de regularidad y nosotros los posmodernos las pensamos dentro de un orden irregular y dinámico.

Creo que el pensamiento ágil, en concordancia con un historicismo no convergente a todos los niveles, sí, que nos permite reflexionar sobre todos los temas (grandes y pequeños) que hayan sido concebidos dentro del mundo que hemos pensado.

Pensamiento vertical es la noción de que la razón es la facultad superior con que cuenta el hombre para decidir y acertar adecuadamente cómo son las cosas, no dejando espacio para ninguna otra noción de orden concebible, quedando todo reducido a una única manera de ser de las cosas, definidas por criterios de objetividad.

Nosotros contamos con un pensamiento ágil. No fuese posible para nosotros, sin tal pensamiento, construir la versión de una sola cosa, porque éstas no tienen una sola manera de ser. Todas las cosas de nuestro mundo se caracterizan por cambiar, de forma y lugar, continuamente. En esto de ser y dejar de ser de las cosas, es nuestra

sensibilidad, como habilidad para mantenernos en contacto con ellas, además de la agilidad de nuestro pensamiento, lo que nos permite redescrirlas continuamente.

Por lo demás, sólo nos interesan los aspectos creativos de la filosofía, nos desentenderemos de conceptos esenciales del pensamiento vertical: como sustancia, fundamentación, identidad, etc.

Desde que comencé a referirme a un pensamiento ágil, implícitamente me estoy refiriendo también a un lenguaje rápido, pues no podemos pensar y después hablar o viceversa, las descripciones que hacemos, incluido el mundo en el cual nos confrontamos, son, en términos de Richard Rorty, estructuraciones lingüísticas.

Para decirlo más claramente, un pensamiento ágil, implica un lenguaje rápido, e incluso un mundo dinámico que los engendre a ambos.

Aquí es preciso que volvamos a los grandes temas. Si el mundo es una estructura lingüística, como creemos nosotros. Sobre todos los temas de los que tengamos conciencia podemos reflexionar, no hay nada que pueda impedir que lo hagamos.

La búsqueda de la inmortalidad, por ejemplo; ha sido uno de nuestros grandes temas a través de la historia. Seguimos, con nuestro ágil pensamiento, reflexionando sobre tal tema.

Hablar es pensar, es crear, es darle una forma a algo. Cuando yo hablo por ejemplo; algo se está haciendo en el mundo de la vida.

Asumimos que llevamos todo el mundo, con todos sus detalles, dentro de nosotros y que todo está adentro y que nada hay fuera. La Verdad, la cosa en sí, la entidad suprahumana y el mundo objetivo. Ninguna de estas cosas están en ningún lugar, ahí afuera.

Lo único que está ahí afuera (paradójicamente) son nuestras descripciones, porque son proyectadas por nosotros. Podemos convenir en que existe un mundo ahí afuera, solamente por el hecho de que podemos ser afectados por esas cosas a las que nosotros mismos les hemos dado formas y las hemos proyectado.

Pero en todo caso, ese mundo no tendría independencia de nosotros.

Lamentamos el hecho de ser proyectores absolutos y no poder ser creadores absolutos, nuestro ágil pensamiento no es suficiente, es decir, nuestro lenguaje rápido es aún demasiado limitado. Lo ideal sería que pudiésemos exteriorizar las palabras con la misma velocidad con que se mueve el pensamiento dentro de nosotros y que nuestra conciencia se desarrollase de modo absoluto. No por un deseo (teleológico) de que se desvelen todos los misterios, sino que más bien aprovecharíamos para liberar toda nuestra hiperactividad. Describiríamos cada quien, desde todos los ángulos, nuestra versión del mundo.

A partir de la quiebra de los grandes relatos, el mundo se volvió más rico y complejo. Por cada mito de la modernidad que se rompió surgió un número indefinido de otros mitos.

Ya no podemos pensar ni sentir de la misma manera, hemos cambiado, todo ha cambiado, todos los ámbitos están siendo reordenados y todas las perspectivas están tomando legitimidad sobre las cosas.

Ya no podemos hacer arte según los criterios que dieron pie al nacimiento y desarrollo a los mitos modernos, rotos ya por la fuerza inclemente del cambio.

Resulta evidente que el arte ya no se rige ni se orienta, a menos que alguien quiera hacer un arte obsoleto, por reglas establecidas por la vieja visión, «moderna» del mundo.

La caída del muro de Berlín fue un acontecimiento especial, pues abrió todas las puertas y compuertas de una nueva era, que ya estaba pugnando por desplegarse, mucho más compleja y más rica, que llamamos, no sin polémicas: posmodernidad.

No tiene sentido seguir haciendo un arte puro incontaminado de “vida”, por esto lo importante es hablar en términos de sensibilidad y no de racionalidad, en términos de vitalidad y no de perfección. En virtud de la intuición, preveremos las figuras de la época en curso y sabremos cómo se va perfilando el mundo.

Sabemos que hay catástrofes dibujándose en el horizonte y cuyos efectos no sabemos de qué modo los asimilaremos, pero sabemos también, menos mal, que se acabaron los tabúes formales para el arte. Cada artista depende libremente de su sensibilidad para captar la realidad de su propio entorno.

El arte posmoderno no se dará a la tarea de perseguir la armonía definitiva, es preferible un estado precario de equilibrio, que no permita la aparición de situaciones estables, productoras de alternativas únicas.

Las alternativas del arte y sus posibilidades, en el contexto posmoderno, son ilimitadas. No hay un espacio-tiempo para el arte, sino que, existe el espacio-tiempo para el arte.

Es hora que celebremos los artistas, no tanto por la nueva manera de hacer arte, sino por el arte mismo, por la libertad en que ésta ha quedado después que se rompieron los viejos moldes.

De ahora en adelante lo que cuenta, lo que el artista necesita es sólo sensibilidad, vigor, vitalidad y una gran capacidad de hiperactividad. Hoy más que nunca, el artista ha de sentirse cómodo. El dinamismo de nuestro mundo, al arte, más que a ninguna otra cosa le viene bien. Se rompieron todas las reglas. Se acabó el afán de buscarle a todo justificación racional.

El mundo cambió de manera repentina e inconexa y somos los artistas los llamados a ser los primeros a caminar bien sobre la nueva conformación y de ser los primeros también en proyectar los nuevos órdenes, por ser los primeros en tomar conciencia del nuevo mundo de la “vida”.

El nuevo lenguaje, surgido de las nuevas condiciones, es de una rapidez acorde con la dinamicidad del nuevo orden y debido a esa rapidez, va adquiriendo una riqueza conceptual que no podemos calcular. Esta riqueza, será en el arte donde más se reflejará.

Una novela por ejemplo; no será una narración lineal y de una estructura bien ajustada, como se suponía que era el mundo.

En un mundo asimétrico como el que concebimos los posmodernos, una novela, para que sea tomada como tal, no necesita de una estructura bien ajustada.

Basta con que sea un orden que responda a otro orden que hay dentro de su autor, y en virtud de esto ha de ser un orden único, no habrá nada en el mundo que se le parezca.

Por lo demás, su autor no buscará la perfección de la misma, su preocupación estará en si puede o no impregnarla de una gran fuerza estética.

Con la agilidad de su pensamiento, será capaz de liberar un flujo de expresiones adecuadas a las exigencias de la narración.

Se acabo la Metafísica

La idea de que la verdad, lo mismo que el mundo, está ahí afuera es legado de una época en la cual se veía al mundo como la creación de un ser que tenía un lenguaje propio. Si desistimos

del intento de dar sentido a la idea de tal lenguaje no humano, no incurriremos en la tentación de confundir la trivialidad de que el mundo puede hacer que tengamos razón al creer que una proposición es verdadera, con la afirmación de que el mundo, por su propia iniciativa, se descompone en trozos, con la forma de proposiciones, llamados «hechos». Pero si uno se adhiere a la noción de hechos autosubsistentes, es fácil empezar a escribir con mayúscula la palabra «verdad» y a tratarla como algo que se identifica con Dios o con el mundo como proyecto de Dios. Entonces uno dirá, por ejemplo, que la verdad es grande, y que triunfará.

Richard Rorty, contingencia, ironía y solidaridad.

Desde el origen de la filosofía, predominando la noción sustancialista-fundamentalista, se había mantenido como algo irrefutable la afirmación de que toda filosofía era metafísica porque el propósito de ésta era siempre la búsqueda del “Ser”. La identidad de este “Ser” había sido la mayor preocupación del hombre de todas las épocas, pasaba el tiempo y esta noción de la filosofía se mantenía a pesar de las evidencias en sentido práctico. Algunos filósofos (sobre todo de origen pragmático y empirista) se habían esforzado por invalidarla pero nadie encontraba un argumento efectivo. Fue a partir de los años sesenta que la física, en contubernio con algunos filósofos de esa época comenzó a construir un modelo dinámico del mundo, y algunos pensadores se dieron cuenta inmediatamente de que en tal perspectiva no había espacio para el “Ser” y declararon el fin de la metafísica.

Pero los representantes del sustancialismo y fundamentalismo transformaron la vieja afirmación, arguyendo que la metafísica seguía vigente y que era la raíz de toda filosofía porque se ocupaba de la investigación sistemática de la estructura más fundamental de la realidad.

En el contexto de un mundo dinámico, que se hace y deshace continuamente, no tiene sentido tal afirmación.

¿Dónde estaría esa estructura más fundamental de la realidad? A nivel subatómico, la física cuántica sólo ha encontrado estructuras fugaces, en constante transmutación. Y en nuestro entorno da la impresión de que nada perdura, de que todas las cosas se tornan fugaces.

La identidad del Ser ha sido una preocupación de milenios por parte del hombre.

En la actualidad hay pensadores que abrazan la idea de una naturaleza memorística, identificando esta propiedad de la naturaleza con un medio a través del cual, el ser puede perseverar, pero para desilusión de tales pensadores, una naturaleza memorística va en concordancia con un universo dinámico y fragmentario.

En tal perspectiva la memoria, lo único que nos garantiza es que podamos reconstruirnos constantemente a partir de fragmentos rescatados del pasado, en otras palabras, de lo único que nos salva, es de una fragmentación absoluta. Sufrimos rupturas incurables y quedan aspectos irrecuperables de nuestra existencia en el pasado.

Otro hecho que queremos resaltar, a propósito de la metafísica, es que, este mundo que se nos ofrece actualmente, parece que no es posible describirlo si no es mediante una pluralidad de enfoques dinámicamente relacionados entre sí y esta es la manera que hemos adoptado en nuestro esfuerzo por realizar nuestra propia descripción de él. En lo que se refiere a su propiedad de transmutarse, lo hará en dos sentidos, (debido a su condición de organismo) lo hará por contradicciones internas,

pero también cambiará cada vez que hagamos una nueva redescrición de él, cada vez que nosotros cambiemos de postura.

El linealismo causal implica principio y fin, creación y destrucción del mundo. La asimetría asumida por la posmodernidad, por lo contrario, nos asegura, en virtud de una continua creación y recreación, una vida y un mundo sin término.

La vida es un inicio constante a partir de fragmentos. No podemos erigirnos ningún cielo que no esté hecho de fragmentos rescatados, siempre de la última catástrofe. Es debido a todo esto que nuestra palpación es acelerada.

Vivimos siempre en el filo de la navaja. Si hubiésemos seguido explicando y explorando el mundo, ya hubiéramos agotado nuestras posibilidades.

Ahora sabemos que la vida es primera. Todo lo que viene después de la vida, viene pausado y sin brillo, característica del hombre moderno, racionalista y de todo aquel que ha abrazado los postulados de la filosofía judeocristiana.

En toda vida, individual, biológica y social, se observa un estado de predisposición. No necesitamos de fundamentos. Sería interesante que nuestra iniciación en el mundo fuese sobre una cuerda tensa, así por lo menos tuviéramos la oportunidad de convertirnos en acróbatas.

Seremos capaces, sin embargo, de ponernos por encima de la vieja infraestructura de pensamiento de la sociedad y nos libraremos de prejuicios que nos vuelven cada vez más rígidos y menos creativos.

Si rompemos esta vieja infraestructura de pensamiento, nos convertiríamos en seres más espontáneos en nuestra manera de ser y por lo que se refiere a la creación, desbloqueado ya, el esquema viejo de pensamiento, de presupuestos rígidamente mantenidos, no nos quedaría obstáculo, en una consecución de creatividad a todos los niveles.

Vivir de manera creativa debería ser un compromiso con sigo mismo de todo ser humano. Cuando la creación se somete a objetivos externos no surge la obra artística. Esta sólo es posible que surja de un íntimo compromiso del artista consigo mismo y en un ambiente de libertad, como producto de un juego libre del pensamiento y la imaginación.

En el contexto de la filosofía tradicional, la razón es considerada el mayor atributo del hombre. Nosotros, los posmodernos, este status se lo sedemos a la sensibilidad, porque es esta facultad la que nos permite el contacto con el mundo y es sólo después de la toma de conciencia de que nos encontramos en el mundo, que nos viene la capacidad de descubrirnos y a nosotros mismos.

Los románticos desconocieron a la razón como la facultad fundamental del hombre, arguyendo que era a la imaginación que le correspondía tal status. Pero la imaginación es sólo una actividad creativa del intelecto y la razón una actitud, pasiva, incluso, conservadora, por lo cual, no le reconocemos rango metódico, pero que a pesar de todo, se vuelve una actitud importante cuando nos toca hacerle frente a las eventualidades cargadas de irracionalismo.

Por lo que se refiere a las facultades del ser humano. Todos los fenómenos de los que tengamos noción, han emergido de la materia, fenómenos por ejemplo, como la mente, la conciencia, la sensibilidad de percepción, etc., han emergido de un estado inaudito de complejidad de la materia.

Es impensable a estas alturas, la intervención de un creador omnisciente.

Además de la creación y autorecreación de la materia, es el ser humano, quien ha adquirido la capacidad de intervenir en los designios del mundo y de sí mismo.

Digámoslo en palabras de Sartre: no hay más mundo que el del hombre, ni más legislador que el hombre mismo.

Resulta acertado pensar -dice Richard Rorty- que determinadas ordenaciones de átomos constituyen la conciencia.

Sólo la Creación salva

Son las palabras con las cuales narramos, a veces prospectivamente y a veces retrospectivamente, la historia de nuestra vida...

Richard Rorty, contingencia, ironía y solidaridad.

Los grandes pensadores del siglo XIX, entre ellos Hegel, Marx, Nietzsche, etcétera, experimentaron la misma sensación, de que todas las cosas, al menos las más fundamentales, como la filosofía, el arte, la historia, la ciencia, etcétera, en los viejos términos ya no era posible seguir sosteniendo su vigencia, no era exagerado cuando hablaban del fin de éstas.

El novelista H. G. Wells, fue más lejos en su apreciación, al asegurar que el hombre, con la construcción de la máquina de vapor, había agotado todas sus posibilidades intelectuales y que a partir de entonces sobrevendría su degeneración.

Ante tal situación se volvía imprescindible la creación (rompiendo con la concepción tradicional de la metafísica) de una nueva terminología, un nuevo lenguaje, y hacer todo de nuevo, y fue en virtud del poder de la creación, que cada uno de dichos pensadores, desde su propia perspectiva, nos pudo ofrecer un nuevo orden y además, un nuevo sentido de todas las cosas.

Pero si en algo coincidieron estos tres creadores, (Hegel, Marx y Nietzsche) en el afán de hacer todo de nuevo, fue en una visión historicista del mundo, o sea, en la convicción de que no hay nada fuera del tiempo, que todas las cosas son objetos históricos, incluso el hombre es un ser histórico y nada más.

Asumimos que en términos literales, nunca ha habido un fin de la historia, de la filosofía, de la ciencia, del arte, etcétera.

Bajo nuestra óptica, lo que seguiremos experimentando, será un comenzar y recomenzar continuo de todas las cosas. Cada vez que cambiemos de postura, estaremos ante un fin y un recomenzar.

El propósito principal de este artículo, es mostrar, sintetizadamente, el contraste del contexto del hombre moderno con el del actual, el hombre posmoderno.

La primera intención del hombre moderno, después de tomar consciencia de sí mismo dentro de su contexto, era la de arraigarse, la de encontrar fundamentos. Su mayor aspiración era la de poder establecerse, como individuo o como institución, para en última instancia tratar de cerrarse sobre sí mismo en un afán de perpetuidad.

Dedicaba un tiempo exagerado a fundarse sólidamente. De lo que hiciera hoy dependía el mañana. Si quería aspirar a un futuro de bienestar, tenía que aprender a hacer bien las cosas. Toda su preocupación estaba en no equivocarse. "Al paso y buena letra", (este adagio popular le viene bien al hombre moderno).

La modernidad se fundó sobre una concepción mecánica del tiempo. Un tiempo estrictamente lineal. Tiempo con un principio y un fin.

Por otro lado, la idea de progreso lo llevaba a creer que la humanidad tenía un destino bien trazado. Si todo marchaba hacia un estado más perfecto, el hombre, que relativamente era lo más perfecto, siendo la imagen de Dios, era seguro que alcanzaría el estado de perfección y de paso una estancia paradisiaca.

La razón como método inequívoco, le permitiría hacer frente a las variantes que pudiera ofrecerle el mundo.

La fidelidad a esta gama de conceptos lo fue volviendo pasivo, estático, rígido...

Cualquier intento de creación que no estuviera acorde con el esquema racionalista era inmediatamente descalificado.

De suerte que el mundo no es lo que habían supuesto los racionalistas y los progresistas. Prueba de ello es que, "todas las murallas, opacas y transparentes han sido demolidas". Y los grandes espíritus han comenzado a aspirar aires de libertad.

Cuando el hombre se dedica a conocer es poco lo que llega a hacer. El analista es improductivo porque es hermano del racionalista. De esta misma estirpe son aquellos individuos que luchan por establecerse para después cerrarse sobre sí con el fin de perpetuarse.

El creador, lo único que exige, es que no le estorben. Libertad para crear y hacer, es todo lo que necesita. Ante cualquier imprevisto, en virtud de una noción práctica de la vida podrá siempre dar una respuesta apropiada.

"El hombre moderno" concebía el mundo como una superestructura, dentro de la cual se sentía seguro, ya que podía prever cualquier pequeño cambio. Además, todos estaban dentro de esa superestructura como objetos bien determinados y con una orientación bien definida y un futuro alcanzable y prometedor.

Esta seguridad lo convertía en un ser pasivo. Por otro lado, Dios era orden, por tanto, todo debía tender hacia el orden. Eran inconcebibles conceptos como azar, caos, incertidumbre etc. En las nuevas concepciones del mundo y de la vida, estos son conceptos esenciales.

En el nuevo contexto no hay un Dios limitador. No hay una superestructura para todos. Cada quien se crea la suya propia. El concepto de realidad objetiva que tanto esgrimía el "hombre moderno" ha perdido crédito. Cada individuo como cada comunidad tiene su propia historia que contar y ha comenzado a ser respetada esa verdad particular.

En este nuevo contexto, pluralista, conformado de infinitas posibilidades, en virtud de la autonomía adquirida, el individuo como la sociedad, son los únicos responsables de sus acciones y los únicos aptos para valorar sus respectivas eventualidades y como la verdad es plural, cada quien es dueño de su propia verdad.

Mi universo por ejemplo, es la negación de todos los otros universos posibles. El mundo que descubrí hace un momento es todo mío. No puedo compartirlo, no quiero compartirlo, incluso, negaré cualquier otra versión.

Mi mundo es el único mundo real, cuando yo muera quedará lo que yo haya hecho de él. Por lo demás, este mundo es inestable, es huidizo, es frágil.

¿De qué ha servido tanta erudición? A la larga, ha sido siempre la capacidad creativa lo que ha salvado al hombre. Nos hacemos constantemente a nosotros mismos, a despecho del azar, confrontando el caos.

Podemos conocer el mundo de un modo directo, más que por análisis lógicos, o con intervención de la razón, como pretende el filósofo tradicional.

Creo que la sensibilidad es el mayor atributo del hombre y no la razón, y lo creo así pensando en la habilidad que ésta nos proporciona para ponernos en contacto con las cosas.

El filósofo tradicional, observa ciertas leyes y a partir de eso infiere un mundo y nos habla acerca de ese mundo. Nosotros queremos hablar de un mundo dentro del cual nos hacemos y nos deshacemos continuamente.

En un contexto racionalista, nuestros propósitos se vuelven intencionalidades congeladas, en tal perspectiva el individuo es muy dado al análisis y al cálculo.

Hasta mil novecientos sesenta, aproximadamente, estas fueron actitudes apropiadas, en nuestras actuales circunstancias, no tienen sentido tales actitudes.

No quiero que se mal interprete lo que he dicho y seguiré diciendo respecto al racionalismo. No puede haber, no es posible que haya, ni aún en el nuevo contexto, una intención irracionalista en un sentido estricto por parte del individuo, en nuestro entorno sí, se observa muy claramente un estado de irracionalidad, por eso es menester que los individuos seamos racionales, en el sentido en que entendemos nosotros tal término, para poder hacerle frente a esa irracionalidad. Pero serlo en la persecución de nuestros propósitos, de acuerdo a las exigencias de cada situación, fuera de cualquier marco de rigidez, sin ninguna clase de preconcepción.

A mediados del siglo XX, cuando yo nací, el funcionamiento del mundo había comenzado a tomar rigidez. Era necesaria una nueva manera de vivir. Los filósofos tradicionales eran incapaces ya de dar respuestas apropiadas a las nuevas interrogantes y no podían tampoco hacerle frente a las nuevas paradojas.

El proyecto progresista había llegado a su fin, todos los paraísos prometidos habían sido invenciones de mitómanos. Como quien dice: ¡y ahora qué hacemos!

El mundo siempre ha estado manejado por los expertos en el manejo de las normas, de la moral, de la sociología, de la ciencia, etc., pero en todas las crisis, siempre que hemos estado en el borde del precipicio, ha sido nuestra capacidad creativa, nuestro contacto directo con el mundo es lo que siempre nos ha salvado.

Nos sucede igual que al hombre de la siguiente historia:

El hombre estaba a punto de ser ejecutado y sabía que su salvación dependía de una sola palabra, pero no sabía cual era esa palabra, porque en el transcurso del proceso que culminaría con su ejecución, olvidó su lenguaje convencional, pero que, frente a la rigidez de su verdugo, fue capaz de mantener abierta la posibilidad de salvación y merced a esto fue que, en el último instante creó un lenguaje personal y pronunció la palabra mágica.

Hemos de propugnar por una filosofía de la acción. En el contexto de un universo que, debido a su dinamismo, nos exige creatividad a todos los niveles, donde sólo la creación salva, lo más apropiado para el hombre viene a ser el poseer una noción práctica de la vida, en un modo así de vida todos seríamos creadores porque la acción no espera a que se haga ningún orden, éste se hace a su paso, es decir, se crea con la acción. El: ¡hágase!, ha precedido siempre al orden. Y además, como todo está dentro, nada hay fuera, todos somos potencialmente creadores, sólo es cuestión de que todos nos demos cuenta de eso, cada uno de nosotros lleva dentro de sí un orden inédito de las cosas y es en virtud de tal orden, cuando parecía que ya todo estaba perdido, que hemos podido salvarnos siempre en el último momento, yo por ejemplo, siento el peso de ese orden inédito dentro de mí, y sé que el orden que hay en las cosas que hago es idéntico a ese otro que llevo dentro de mí.

Yo tengo mi mundo, si se me esfuma, ya sé cómo reinventarlo.

No me pondré a hacer abstracción de cada uno de sus elementos. Si es inestable, si constantemente se transmuta, si no tiene una estructura fija, no encuentro razón para ponerme a analizarlo. Más bien me pondré a practicar la acrobacia. En este mundo mío, que es multiestructural la memoria es factor de salvación, solo ella me salva de una fragmentación absoluta, frente a cada catástrofe he ido recordando las anteriores.

Todo el tiempo dedicado al estudio del ser fue un tiempo perdido.

La ventaja esencial de nosotros, los antifundamentalistas y antisustancialistas, consiste en que podemos cruzar varios mundos.

Antes los hombres eran lentos. No se habían percatado de la inestabilidad reinante. No sabían que toda estructura es pasajera e incluso fugaz. Luchar por establecerse era la más grande aspiración del individuo, tanto como la de la sociedad.

Uno de los rasgos esenciales del hombre antifundamentalista es la premura con que actúa. Sabe que nadie puede ayudarlo. Dios no está presente ya, quedó sepultado en los escombros del viejo firmamento. Sabe también que es inútil ponerse a razonar, que sólo la creación salva, que todo el tiempo dedicado a conocer fue un tiempo perdido.

Los nuevos pensadores, tanto como los físicos cuánticos, sabemos que el mundo en que vivimos es un mundo dinámico y abierto, no definido, sino en constante construcción y reconstrucción. Cada vez que experimentamos una nueva experiencia, surgen nuevas ideas y entonces comenzamos a ver bajo otra óptica y las cosas, contrario a la concepción de que ocupan un lugar definido en el mundo, se acomodan a nuestro nuevo modo de verlas.

La Palabra nombra y da Forma

El ironismo resulta de la consciencia del poder de la descripción. Pero en su mayoría, los seres humanos no desean que se les redescriba. Desean que se les considere en sus propios términos; que se les considere seriamente tal como son y exactamente tal como hablan.

Richard Rorty, contingencia, ironía y solidaridad.

La fuerza de la palabra es una fuerza creadora. Primero es el verbo y después son las cosas, pero así como todas las cosas de nuestro universo, las palabras están adentro, en nuestro mundo interno, para poder canalizarlas hacia fuera sólo contamos con dos mecanismos limitados, las cuerdas vocales (palabra verbal) y el sistema neuromuscular (palabra escrita), imponiéndonos esto una gran limitación. Por tal motivo es que es justo exclamar a veces: ¡No encuentro suficientes palabras para expresar lo que vi! O, ¡lo que siento! O, ¡lo que quisiera decir!

Las cosas son como son, gracias a las palabras, comienzan a existir cuando éstas les dan una forma.

En nuestro lenguaje interno las palabras se mueven a una velocidad incalculable, ¿Cómo seríamos nosotros si pudiéramos canalizarlas a tal velocidad hacia fuera? Nuestra capacidad creativa, si esto fuese posible, sería igual que nuestra capacidad de pensar, infinita.

Si pudiéramos exteriorizar todo lo que llevamos adentro, el universo entero, de modo fluido, seríamos creadores absolutos, una especie de hombre, similar al que caracterizó Nietzsche como el súper hombre, no reactivo. Cada uno de nosotros tendría suficiente tiempo como para describir, desde su propia perspectiva, el mundo entero con todos sus detalles.

El estado de nuestra conciencia juega también un papel importante en esta cuestión. Un creador absoluto ha de contar también con una conciencia absoluta. Lenguaje, pensamiento y conciencia, son inseparables, no encuentro manera alguna de separarlos. Sólo decimos aquello que hemos pensado y sólo describimos aquellas cosas de las cuales vamos tomando conciencia.

Una conciencia absoluta es un cauce infinito de conocimiento.

Los poetas, y los científicos en menos medida, son, a diferencia de los místicos, que lo hacen con la conciencia, los que más han experimentado con las palabras.

Siendo el pensamiento palabras congeladas y la conciencia cauce en espera, es el *verbo* quien tiene el don de la creación.

En nuestra cultura se ha propagado la idea de que sólo lo que se escribe en versos es poesía, pero el físico teórico David Bohm ha dicho que a nivel subatómico no se puede describir la naturaleza sino es en un lenguaje poético.

Queremos subrayar que el verso no es una forma privilegiada para poetizar, podemos hacerlo también sin ninguna clase de desventaja en prosa.

La poesía es algo inherente a la naturaleza. Si alguien tuvo que hacer el mundo (creemos en la creación y autocreación de la naturaleza) tendría que haber sido un poeta, porque sería en todo caso, un acto creativo, en otras palabras, toda descripción, independientemente de que se haga en verso o en prosa, es una acción poética.

Es justo que a través de la historia, a los poetas se los haya llamado hacedores de mundos. Y lo digo en términos plurales, porque al contemplar el mundo cada uno de nosotros desde diferentes perspectivas, tendríamos versiones múltiples de éste.

El místico, a través de un proceso de desarrollo de la conciencia, pretende alcanzar de modo inmediato la comunicación con el mundo. Pero ¿cuál mundo? ¿Dónde está ese mundo?

No está, claro, en ningún lugar, excepto (eso sí que es posible) en la cabeza de un determinado individuo, pero al no darnos éste, ya que sólo tienen existencia real aquellas cosas que han sido descritas o narradas por nosotros, una descripción de tal mundo, este no tiene ninguna existencia real.

He dicho más arriba, que sólo pueden ser descritas aquellas cosas de las cuales vamos tomando conciencia, pero nunca he dicho, faltando a la coherencia, que la conciencia pueda mostrarnos algo, pues vamos a ser consecuentes con lo que hemos creído siempre, que sólo la palabra tiene ese poder.

Seguiremos afirmando que es el poeta, y me refiero al poeta en su sentido más amplio, incluyendo a todos aquellos que hacen uso de la palabra para mostrarnos algo, el único que puede darnos versiones reales de las cosas, que nadie como él, debido a su vasta experiencia en el manejo de la palabra, domina el arte de la creación y recreación de las cosas.

No es obvio que las cosas tengan persistencia por sí mismas independientemente del lenguaje, por tanto, no tiene sentido creer que hay aquí o acullá realidades objetivas, al menos yo estoy persuadido de que todas las cosas que interactúan conmigo vienen de mí mismo, son proyecciones mías, todo el mundo en que vivo es proyección mía, en este sentido podemos asumir que somos proyectores absolutos, cada uno de nosotros, pero no es posible que seamos conocedores absolutos, porque como dijimos más arriba, sólo podemos hablar de aquellas cosas de las cuales vamos tomando conciencia y porque además, no poseemos un lenguaje fluido, que podamos exteriorizarlo a la velocidad del pensamiento.

Por lo demás, hemos de advertir que somos seres de acción y anhelantes de comunicación. Jürgen Habermas dice que “los sujetos capaces de lenguaje y acción, envueltos en prácticas comunicativas, nunca pueden evitar, cuando piensan y actúan, el orientarse por normas y dejarse influir por razones” (Verdad y Justificación pág. 34).

Es obvio que nos orientamos por normas y fines y con una actitud racional. Pero en nuestro contexto, (sin la concepción de un mundo objetivo) no contamos con una

referencia constante. En tales condiciones ningún fin es seguro, la actitud racional nos sirve de muy poco frente a la irracionalidad inherente al mundo intersubjetivo de la vida, que es el único mundo que compartimos socialmente.

El drama de la vida consiste precisamente en que somos seres básicamente contingentes. Creo que no asumir tal condición sería optar por una actitud irracional. Somos, por dicha, sujetos poseedores de lenguaje y capaces de acción y es el lenguaje precisamente nuestra mejor herramienta. Partimos de la presunción de que el mundo es una estructura lingüística. No aspiramos a adquirir el "saber" por un proceso estático de conocimiento, sino que solamente necesitamos habilidad para generar procesos dinámicos que nos permitan solucionar problemas y disuadir objeciones y en última instancia, implementar, también dinámicamente modos de aprendizajes.

Nos proponemos en estas líneas, entre otras cosas, desmitificar el saber como proceso estático. El conocimiento de las cosas cambia al mismo ritmo con que cambian las cosas mismas. Nuestro dominio del lenguaje es lo que define, en cada uno de nosotros, la habilidad para generar los procesos de aprendizaje. Nos negamos rotundamente a creer en la existencia de un mundo objetivo, independientemente del lenguaje y del pensamiento y que sea idéntico, como cree Habermas, para cada uno de los participantes.

Desde mi punto de vista (que incluye historicismo no convergente, pluralidad contextual, transmutación constante de todas las cosas) contamos con un mundo de versiones múltiples. Todo aquel que tenga dominio de un lenguaje podrá describir desde su propia perspectiva su versión particular.

Si nos atenemos al principio de que sólo podemos describir aquellas cosas de las cuales vamos tomando conciencia, hemos de saber también que sólo el lenguaje nombra y da forma.

Jürgen Habermas se refiere constantemente a un mundo intersubjetivo (mundo de la vida). Este mundo, desde nuestra perspectiva, lo percibimos como una pluralidad, es decir, que en todos sus aspectos captamos una pluralidad. Habermas no lo percibe de esta manera, afirma con gran convicción, que este mundo intersubjetivo de la vida es compartido socialmente por todos sus participantes, pero además, su deseo de objetividad lo lleva a proclamar, en cualquier circunstancia, la existencia de un mundo objetivo, que sirve de referencia constante para cada uno de los participantes del mundo intersubjetivo de la vida, y que es idéntico para cada uno de ellos.

Para nosotros los posmodernos, no tiene sentido, es totalmente ininteligible, hablar de una referencia constante para cada uno de los participantes del mundo intersubjetivo de la vida. Y como todo está dentro, nada hay fuera, tampoco es pensable, en nuestra perspectiva, una referencia objetiva.

Si aceptásemos tal cosa, no seríamos consecuentes con nuestro principio de que todo está adentro, de que nada hay afuera.

Desde nuestra óptica, el mundo intersubjetivo de la vida es un estado de cosas en constante cambio, de forma y de contenido, de lugar y de aspecto, ningún estado perdura, todo es fugaz y nosotros, seres humanos, como participantes de este mundo, al no contar con ninguna clase de referencia constante, cada uno se crea y se recrea constantemente en interrelación con los otros. Y sólo podemos hablar de nuestra individualidad, en virtud de un recíproco reconocimiento.

Por otra parte, como ya dijimos antes, el mundo intersubjetivo de la vida es plural en todos sus aspectos, así como también es inconstante a todos los niveles.

Toda forma de objetivismo comporta el deseo de trascendencia y la intencionalidad de evadir el azar y no confrontar el caos.

Nuestro principio, de que todo está adentro, de que nada hay afuera, comporta, por lo contrario, la renuncia a toda forma de trascendencia y es congruente con un historicismo no convergente y con la concepción de una pluralidad de lenguajes.

Si podemos describir este mundo intersubjetivo de la vida, es solamente en virtud de la memoria, de nuestra conciencia y de la palabra, por ser fundamento la primera y conocimiento la segunda. ¿Y la palabra, qué más podríamos decir de la palabra, aparte de su poder de nombrar y dar forma?

Diremos también, que la palabra, además de nombrar y dar forma, es creadora en el sentido amplio del término y como además, el pensamiento no tiene independencia del lenguaje, la palabra debe de ser acción, o en última instancia, debe de ser pensamiento en acción.

Podríamos decir de la palabra, también, que es el único instrumento con el que podemos hacer y deshacer el mundo. Si dejáramos de hablar, el mundo interrelacional, que se compone de todas aquellas cosas a las que hemos podido darles una descripción, en teoría, quedaría semicongelado. En otras palabras, todo quedaría entre paréntesis.

La palabra también mata, no sólo crea, es decir, la palabra es acción, a veces para bien, a veces para mal.

Cuando hablamos, para bien o para mal, inevitablemente, algo se hace en el mundo y este mundo es como es, porque así lo ha hecho la palabra, porque el: hágase, siempre ha precedido al orden y a cualquier otra clase de acción. Se vuelve obvio que sólo la palabra posee el don de la acción creadora.

El Hombre y el Tiempo

El teórico ironista desconfía de la metáfora del metafísico de la mirada vertical hacia abajo. Coloca en su lugar la metáfora historicista de la mirada retrospectiva hacia el pasado, a lo largo de un eje horizontal.

Richard Rorty, contingencia, ironía y solidaridad

En los primeros versículos de la Biblia se dice que en el principio, el espíritu de Dios estaba sobre las aguas. Entendemos esto, como una dispersión del espíritu del universo.

Esto, en una primera instancia, tiene un sentido trágico para el ser humano, porque, en el fondo, es el orden, o sea, la unión absoluta, lo que el hombre ha anhelado siempre.

Pero en otro sentido, paradójicamente, hemos comenzado a darnos cuenta de que es en virtud de esa dispersión que nuestro universo no ha colapsado.

La materia, en tanto que se mantenga en estado de reunificación, sigue aumentando su complejidad.

El hombre surgió de un estado inaudito de complejidad de la materia, surgió como un ser comportando un estado casi absoluto de predisposición, para comenzar, después de constituirse en un haz coherente de creencias, a definirse, a volverse consciente de sí mismo y de los demás, para en última instancia, narrar una versión de sí mismo, y su propia versión del universo.

Por otra parte, el mundo intersubjetivo de la vida, si es como lo concebimos nosotros, plural en todos sus aspectos, no tiene sentido la vieja intención, de darle una forma persistente y homogénea.

Algunos pensadores contemporáneos, equivocadamente, han proclamado un fin de la historia. Los posmodernos, en su mayoría, hemos abrazado una concepción plural de la historia. Sólo en una concepción lineal, sería inteligible hablar de un final de ésta.

Desentendámonos del aspecto teleológico del mundo, demos por un hecho que la historia unificada y con sentido lineal, esa sí que llegó a su final. Ya no hay mundo ni historia en términos teleológico, hay versiones múltiples del mundo y versiones múltiples de la historia.

En un mundo como el que acabamos de esbozar, ¿cómo concebir un espacio-tiempo, a partir de qué? (En la actualidad, es opinión unificada por parte de la ciencia de que el universo surgió a partir de una gran explosión el Big bang y que a partir de ese instante singular comenzó a expandirse y a generarse de hecho el espacio-tiempo. Pero en lo que no hay consenso, es en cuanto a si seguirá así hasta disiparse, hasta alcanzar la muerte térmica, o si por el contrario, llegará un momento en que empezará a contraerse hasta estar nuevamente en el punto crítico en que se producirá otra vez el Big bang para reiniciar otra vez la expansión y que así seguirá por siempre, en una repetición de infinitas veces del big bang).

Concebir el espacio-tiempo en un mundo así, exige mucha imaginación, más por sus irregularidades que por cualquier otro aspecto. Lo pensaremos como pluralidad de espacios-tiempos.

Desde que el hombre adquirió el estado de autoconciencia la noción de espacio-tiempo ha sido esencial en la valoración de nuestra vida. No es posible concebir la naturaleza en movimiento, concebir la vida ni ningún otro proceso, sin un tiempo y un espacio.

En la concepción de un universo ordenado, hecho de procesos continuos, concebíamos también un tiempo progresista, un tiempo racional y orientado hacia un objetivo a alcanzar. Un estado atemporal, de descanso y armonía. pero, si nuestra concepción del universo cambia, también cambia nuestro concepto de espacio-tiempo.

Un universo polidimensional, que es como lo concibe la física cuántica, con lo cual yo estoy de acuerdo, tiene que ser también, forzosamente policrónico.

En un espacio-temporal así, no hay un principio ni un fin determinado y definitivo, más bien andamos como a la deriva. No podemos reconocer ningún punto de partida y nuestro futuro es incierto.

El mundo se está fraguando en una pluralidad (cambiante) de espacios-tiempos, mientras tanto todo es posible, nadie puede sentirse seguro de nada. Es preciso que estemos siempre a la expectativa.

En esta perspectiva tendemos a ser emocionalmente inestables, pero no es falso tampoco, que tendemos a ser también relativamente, seres muy experimentados, capaces de responder a veces creativamente, en virtud de nuestra habilidad para ponernos en contacto con las cosas, a exigencias extrañas...

Ya nada tuviese sentido si no nos hubiésemos convertido en creadores de sentido.

Nada tiene sentido en sí mismo, hemos tenido que inventárselo a cada cosa. Aprendimos a valorar la pluralidad de espacios-tiempos en relación con todo lo demás, y en virtud de esa actitud asumida, logramos mantenernos hasta hoy en un estado

casi de predisposición absoluto, que incluso, es la actitud más adecuada frente a la incertidumbre provocada por esa pluralidad de tiempos y espacios. En tal perspectiva, todos los modos de ser y de pensar están admitidos.

En nuestra perspectiva no se asoma por ningún lado el Ser. La vida deja de ser una expresión de algo transmundo, deja de ser justificación para una metafísica del espíritu. La concebimos como un estado alcanzado por la materia, en el cual puede recordar y llegar a tomar conciencia de sí misma.

Todo está dentro, nada hay fuera. Y en virtud de la complejidad implicada en esto, surge el yo desde su estado primario hasta convertirse en la trama de creencias, deseos, intenciones, esperanzas, temores, etc., para convertirnos después en los únicos testigos y los únicos culpables de la fragilidad de todos los cielos y somos además, los creadores y recreadores de nuestra propia manera de vivir.

El hombre de la modernidad, el que ha permanecido en una visión continua y absoluta del espacio-tiempo, es conservador respecto al devenir del universo y de la vida y esto es así, porque al percibir un espacio-tiempo, fluido, estable y absoluto, también tiende a percibir en las cosas un orden de carácter estable y de paso descubre que éste es un medio para perdurar y este deseo de perpetuidad es la raíz de todas las formas del conservadurismo.

En cambio, el hombre antisustancialista, con una visión fragmentaria y discontinua del espacio-tiempo, no puede aferrarse a ninguna forma de perpetuidad porque todo cambia continuamente, no encuentra un orden estable en las cosas, más bien descubre inestabilidad en todo.

Es hora de abandonar las estructuras rígidas del pensamiento, para funcionar con ánimo libertino y creativo, en pro de un nuevo orden, de una nueva manera de ordenar las cosas..

Es preciso subrayar que en nuestra imagen del espacio-tiempo no hay un sentido, hay sentidos, no hay un orden unificado y continuo, hay órdenes pasajeros e interrelacionados, en otras palabras, hay un orden en desorden que se hace en función de los acontecimientos. Este orden en desorden, susceptible de sufrir inversiones entraña en sí una condición asimétrica y ésta se da en dos sentidos; en la relación causal se evidencia cuando el efecto se vuelve causa de su causa anterior y en términos de espacio tiempo, la asimetría se incluye por el hecho de que las cosas que se hicieron en un espacio-tiempo con un sentido determinado, al invertirse el sentido de este espacio-tiempo, las cosas que antes hayan sido destruidas o transformadas no vuelven a tomar la forma exacta de antes. En virtud de esto y sólo en virtud de esto, el tiempo es irreversible.

Hemos descrito hasta ahora un espacio-tiempo que se corresponde con el historicismo no convergente que hemos venido afirmando, pero sin olvidar nuestro principio de que "todo está adentro" de que "nada hay afuera".

Vamos a ser categóricos y decir que, ahí a fuera no hay ningún espacio-tiempo con independencia de nuestro pensamiento y libre del azar y las contingencias.

Somos básicamente seres contingentes y el tiempo no tiene existencia por sí mismo, sino que somos nosotros, al describir cada suceso externo, los que le damos existencia real y forma.

Ya dijimos que ahí afuera no hay un espacio-tiempo con una forma predeterminada porque éste se hace en función de los acontecimientos, si convendríamos en que fuese lo contrario, que hay por ejemplo, ahí afuera un espacio-tiempo adecuado a los acontecimientos, en consonancia con un determinismo

totalitario, veríamos los acontecimientos haciéndose en función de ese espacio-tiempo adecuado, e incluso, nos veríamos a nosotros mismos haciéndonos en función de tal espacio-tiempo.

Más arriba dijimos que nuestro mundo se está fraguando en una pluralidad de espacios-tiempos y creemos que es así porque, cada uno de nosotros, manteniéndose activo, hace su propio espacio-tiempo.

Todos los tiempos se hacen por la fuerza del azar y en función de los acontecimientos, sin ningún sentido.

En todo lo que va, hemos hecho una caracterización en términos cosmológico del tiempo.

Nos sentimos obligados a hacer una caracterización del tiempo en el contexto del mundo intersubjetivo de la vida.

En este contexto, el tiempo sigue siendo plural, porque el mundo (mismo) intersubjetivo de la vida, es plural en todos sus aspectos. No cuenta con un mundo objetivo, fuera de su contexto, que le sirva de referencia constante, puesto que aquel, igual que éste, es de condición transmutante.

Todas las cosas cambian constantemente, de forma y de lugar, en el mundo intersubjetivo de la vida, que es de hecho, el mundo que compartimos socialmente. No tenemos tampoco, los que participamos en él, ninguna referencia constante, en la realización de nuestras actividades y el tiempo se hace, igual que en el contexto cosmológico, en función de los acontecimientos, es decir, que sus características, son idénticas en lo general, a las del tiempo cosmológico.

La diferencia es, que en este mundo que compartimos socialmente, además de los sucesos externos, que es, sólo a los que nos hemos estado refiriendo por ahora, para caracterizar el tiempo, tanto en el contexto cosmológico como en términos del mundo que compartimos socialmente, es preciso que tomemos en cuenta un tiempo psicológico, en otras palabras, se nos vuelve necesaria la descripción de un tiempo subjetivo, individual.

En esta perspectiva, nos toca seguir siendo fieles a nuestro principio, de que sólo la palabra nombra y da forma, y sólo son reales aquellas cosas que han sido descritas o narradas por nosotros.

La cabeza de cualquier individuo puede estar llena de mundos posibles, pero en tanto, dichos mundos no puedan ser mostrados, seguirán siendo eso, mundos posibles y en el peor de los casos, mundos irreales.

Nuestros sucesos internos no los podemos compartir, a menos que podamos darles una descripción. Podemos hablar de un mundo intersubjetivo de la vida, sólo en virtud de que le hemos dado una descripción.

Pero incluso, este mundo, cada participante en él, lo ve desde distinta perspectiva y esto lo convierte en una multiplicidad de versiones.

Todas las cosas a las que se les da una descripción, se convierten en múltiples versiones. Internamente, sin embargo, cada individuo comporta sucesos y cada uno de estos sucesos es único, no tiene copia, no tiene ninguna otra versión.

Yo puedo concebir muchas cosas, concebir por ejemplo, el diseño y la construcción de un enorme edificio, y nadie más podría acceder a esta idea, nadie más podría representarse el diseño y el edificio que yo me represento, porque éste es único, en tanto yo no le de una descripción.

Estando incluso, frente a varios individuos, puedo disfrutar imaginándome que tengo entre mis brazos a la mujer que me roba el corazón y ninguno de ellos se percatará de esto, ninguno, por mucho que me conociera podría compartir conmigo, este sublime placer.

Como dijimos hace un momento, cada suceso interno es único, como es único el individuo que lo comporta.

Como individuos comportamos estados mentales, que son los que nos definen como seres individuales. Esto obedece a una determinada estructura psicológica y como toda estructura psicológica es irreplicable, por ello, cada individuo es irreplicable en el mundo de la vida

Todo es memoria

Si uno se define a sí mismo en términos de la originalidad propia frente a una serie de predecesores, y se ufana de su capacidad de redescubrirlos de manera más acabada y radical de como ellos se han redescrito recíprocamente, en determinado momento uno empezará a preguntarse: «¿y quién ha de describirme a mí?»

Richard Rorty, contingencia, ironía y solidaridad.

Si la naturaleza es memorística, como me inclino yo a creer, todo es memoria. El acto de seleccionar la hoja en blanco, de tomar el asiento y acomodarlo adecuadamente para sentarme, el tomar el lápiz correctamente para escribir, todo esto es tan memorístico como lo que pretendo escribir en este momento.

En otras palabras, somos seres básicamente memorísticos, pero es preciso advertir que somos también selectivos, ante la imposibilidad de poder narrar o describir el estado de todas las cosas de un momento dado del pasado, elegimos nuestras recreaciones. La acción creadora es lo que precede a toda existencia, pero es la facultad recreativa y autorrecreativa de cada uno de nosotros lo que le da una persistencia relativa a las cosas, lo que permite que se mantenga cada cosa en un mundo cambiante como el nuestro por periodos indeterminados.

No podemos pensar a un dios omnisciente, con absoluta presencia en todas las cosas, perezoso, que pretendiese crear pero no recrear y autorecrearse a sí mismo en vez de una naturaleza memorística.

El dinamismo de nuestro mundo radica precisamente en esa facultad que tiene la naturaleza de recrearse continuamente, y el hombre, fiel imitador de la naturaleza, no en el sentido de copiarla, sino en el sentido de hacer como ella, con su capacidad de reinención, y autoreinención, imprime dinamismo en su entorno.

En nuestra perspectiva no puede sostenerse el mundo, sino es gracias a la recreación del recuerdo de un inicio dado. Al menos es lo que yo creo. La naturaleza no habría podido sostenerse hasta hoy si no hubiese sido capaz de reestructurarse constantemente a partir de un instante singular.

En nuestro mundo nada puede sostenerse sin un narrador que lo recuerde y lo recree. Todas las cosas que yo conozco, son relativamente creaciones y recreaciones de los hombres y mujeres del mundo. La memoria no nos garantiza una persistencia continua de nuestra identidad en sentido metafísico, como desean algunos filósofos "sustancialistas", apenas nos salva de una fragmentación absoluta. Poseemos una identidad precaria porque logramos mantenerla íntegra y continua en la medida en

que seamos favorecidos por los caprichos del azar. En este sentido, está siempre amenazante la ruptura temporal, amenaza que produce en nosotros angustia, debido a nuestra condición existencial, pero gracias a que somos seres creativos a demás de memorísticos, en algunas ocasiones en que nuestra identidad es fracturada, somos capaces de recrearnos a partir de fragmentos rescatados del pasado.

Por lo demás, el orden que veo en las cosas externas es un orden que hay dentro de mí y ese mismo orden lo exteriorizo también en las cosas que hago y mi estado interno cambia continuamente, a eso se debe la precariedad del orden externo. Todas las cosas de mi alrededor me encontraron predisuesto ya en un determinado sentido, porque soy afectado mayoritariamente por un pasado lejano. Uno de los grandes descubrimientos de la física en el siglo XX, fue el de que "cualquier pequeña región contiene la información de todo el universo". Significa esto que, todas las cosas de nuestro mundo nos vienen del pasado, incluso, yo concibo ese pasado como la fuente del yo, en su estado primario, o sea, en su estado casi absoluto de predisposición. Yo no puedo saber ni decir nada que no haya estado antes en la cabeza de otros hombres. Todo lo que hay en mí está en el resto de los hombres, porque está en todo el universo.

He reflexionado acerca de mi identidad, o sea, acerca de quién soy yo y he concluido: soy lo que fui y algo más, soy estructuras fugaces, soy resonancias de otras resonancias...

No estoy seguro de si todas las cosas que poseo sean invenciones mías, pero de lo que sí estoy seguro, es de que la permanencia de cada una depende de que yo las pueda reinventar una y otra vez y que el conocimiento de ellas, tal a como yo las conozco, por parte de otras personas, depende también de que yo les pueda atribuir una descripción y que el valor de cada una será el que cada uno le asigne.

Si la naturaleza es memorística, como afirmamos más arriba, el mundo intersubjetivo de la vida, ha de ser también memorístico, existe sólo en virtud de nuestra memoria.

Si en un momento dado por ejemplo, sucediera que olvidáramos todos los caminos, cada quien quedaría donde está, el mundo de la vida se congelaría, nadie sabría qué hacer, nadie sabría hacia donde ir, no habrían caminos, en otras palabras que recorrer.

Si yo por ejemplo, en este momento, olvidara para siempre, que tengo dos piernas y dos pies, me quedaría eternamente en la posición en que me encuentro. Sentado en una silla plástica, en posición inclinada y con las piernas sobre mi cama, tratando de escribir un aforismo, en tal caso, seguiría escribiendo y reescribiendo sobre la misma hoja de papel, sin parar por todo el resto de mi vida.

En términos de Richard Rorty, el mundo está estructurado lingüísticamente, el pensamiento no tiene independencia del lenguaje, pero no nos habíamos percatado, según parece, de que nuestra memoria tampoco tiene independencia, ni del pensamiento ni del lenguaje.

No podemos pensar sin palabras, pero tampoco podemos memorizar sin pensar.

Sólo la palabra crea y da forma, esto no lo vamos a someter a discusión. El mundo de la vida es una estructuración lingüística, pero su fundamento es la "memoria", es en virtud de ésta que no se da una fragmentación absoluta.

Si el mundo de la vida no tuviera de fundamento la memoria, no fuese posible su autocreación y autorecreación continua. Y nosotros, seres del mundo intersubjetivo, si no pudiésemos rescatar fragmentos de nosotros mismos del pasado, tampoco pudiésemos recrearnos después de cada catástrofe, para poder seguir formando parte del mundo de la vida y poder seguir también, recorriendo los caminos abiertos, y aún, aunque, en estado siempre precario, haciendo y rehaciendo nuevos caminos, con el único afán de llegar a estados más complejos de nuestra estructura.

Gracias a que poseemos memoria, sabemos que nuestro estado actual, es debido a un estado de complejidad alcanzado, en un determinado momento por la materia.

La mayor complejidad (respecto al mundo moderno) de nuestro mundo posmoderno, se da después de que quedó superada la metafísica como visión unificadora del mundo. Como producto de este nuevo estado de complejidad, el mundo, fundamentado en la memoria, se volvió plural en todos sus aspectos.

Pero no contamos con una conciencia prememorística. Es por ello que sólo podemos describir aquellas cosas de las cuales vamos tomando conciencia. Por tal motivo, el mundo intersubjetivo de la vida, como nuestro yo, son textos abiertos a los que se les va agregando líneas y más líneas de modo indefinido.

Hasta ahora me he estado refiriendo a la memoria en términos generales, no lo he hecho aún en términos de recuerdos autobiográficos.

He puesto mi preocupación en dejar clara su condición de fundamento, tanto de la naturaleza, como del mundo intersubjetivo de la vida.

Es preciso que nos ocupemos de ella en su perspectiva particular, en su aspecto autobiográfico, por ejemplo, los recuerdos autobiográficos nos permiten saber quienes somos y en quienes nos convertiremos en el futuro.

La autobiografía, es la historia que un individuo nos cuenta acerca de su vida. En este contexto, el drama de la vida se nos revela, intensa o no, más por la narración en sí, que por los hechos reales que recordamos, aquí toma fuerza un nuevo concepto, de que la mayor importancia de las cosas no radica en cómo son, sino más bien, en cómo las describimos.

Una novela autobiográfica no es buena o mala, simplemente porque los recuerdos que la integran son reales o son falsos, sino más bien que, lo que definirá su calidad, dependerá de si su autor fue capaz o no de poner en cada recuerdo integrado, independientemente de su grado de veracidad, suficiente vitalidad y fuerza estética.

La vida de un individuo puede volverse interesante y hasta ejemplar, debido a determinadas acciones realizadas por tal individuo. Pero es sólo gracias a la memoria que una vida puede volverse rica en contenidos.

En la medida en que recordemos nuestros incidentes personales más significativos, nuestra vida se va volviendo rica en experiencia subjetiva y esto contribuye en la constitución de nuestra imagen del mundo y de la vida, pero no existe un fundamento sólido para los recuerdos, por tanto, hay recuerdos que se desvanecen, otros se vuelven borrosos, incluso, hay recuerdos que se deforman, por esto, no hablaremos en términos de recuperación de recuerdos, sino en términos de recreación de recuerdos, por ello también, no podemos tener una imagen fija del mundo y de la vida, ni siquiera la de nosotros mismos, es preciso que nos volvamos expertos en la creación y recreación, sólo en virtud de esto, logramos conocer una imagen fugaz del mundo y de la vida y una precaria identidad de nosotros mismos.

Y como a la larga, la conciencia es producto de la memoria, también, un individuo rico en experiencia subjetiva ha de comportar un alto grado de desarrollo de conciencia. Y es en virtud de este desarrollo de conciencia, fuera de lo común, que tal individuo puede, y tiene todo el derecho, a escribir su autobiografía y hasta escribir, si le es posible, la novela autobiográfica, para convertirse de una vez por todas, en un personaje, en un individuo paradigmático.

No debemos olvidar, ante todo, que los recuerdos autobiográficos son fundamento del conocimiento de nosotros mismos.

Si no tuviéramos un sólo recuerdo episódico, nuestra estructura psicológica fuese simple y nuestra vida, tan falta de experiencia, tan pobre internamente, que no fuésemos capaces de concebir ninguna historia acerca de nosotros mismos. La noción que tendríamos acerca de nuestra persona, sería similar a la que tiene cualquier persona acerca de la vida de otra persona.

No tendríamos cómo distraernos a nosotros mismos y mucho menos a los demás, porque no seríamos capaces de relatar el más pequeño acontecimiento del pasado, pues, en condiciones normales, nos ocupamos más del pasado que de cualquier otro aspecto del tiempo.

En esta perspectiva, mi concepto del yo, de que su fuente está en un pasado lejano y que comienza siendo una unidad simple y pulsante y que comporta un estado casi absoluto de predisposición y que poco a poco va tomando conciencia de si mismo y de su entorno, encuentra fundamento

Quiero dejar patente de que cuando he hablado de recordar o de recuerdos, no lo he hecho en el sentido, mecanicista, de recuperar datos, sino más bien, en el sentido no mecanicista de recreación. Pues no concibo una memoria natural y mucho menos una memoria orgánica, recuperadora de datos, sino más bien, la concibo, tanto a una como a la otra, como recreadoras de eventos del pasado.

Por una nueva actitud estética

Concebir la propia vida, o la vida de la propia comunidad, como una narración dramática es concebirla como un nietezscheano proceso de autosuperación.

Richard Rorty, contingencia, ironía y solidaridad.

No me es de ningún interés referirme a la estética como disciplina independiente y no estoy seguro de si es necesario que ésta exista como tal, lo haré solamente reconociéndola como una actitud surgida, como respuesta contingente, de nuestra visión del mundo, por lo tanto, no daré ninguna explicación acerca de ella.

En cada época el artista ha tenido una concepción estética propia de esa época. La actitud estética surgida por ejemplo, de las concepciones de la modernidad, dan por supuesto que la naturaleza se rige por leyes armónicas y preestablecidas, el artista supone un mundo de cosas persistentes y bien determinadas. Los procesos se dan en un orden secuencial. Las obras de arte, como reflejos del mundo, son universos ordenados, cerrados y estáticos y en consonancia con una estética de la linealidad.

La actitud estética es una predisposición que poseen algunos individuos a valorar las cosas o aspectos de éstas de modo bello. Las cosas son bellas cuando descubrimos en ellas tales cualidades, el ser bello no es una propiedad intrínseca de ninguna cosa.

O sea que, es el modo en que experimentamos una cosa en un determinado momento lo que determina si le atribuimos o no cualidades estéticas.

En la actualidad hay un conflicto que afecta todos los ámbitos de la cultura; conflicto surgido de la concepción del mundo, concebido con contenido racional intrínseco (la razón como nuestro mayor atributo) y la afirmación de la sensibilidad, por ser la habilidad que nos pone en contacto con las cosas, como nuestro mayor atributo. Conflicto entre la concepción tradicional del mundo como orden establecido y nuestra

concepción contemporánea como un estado caótico. Conflicto del artista que trata de, a partir de un estado irracional externo, de un estado caótico del mundo, proyectar un orden que lleva dentro de sí, pero que no logra aún romper todos los instrumentos que le dieron forma al viejo orden.

En nuestro contexto posmoderno, existe de hecho, una nueva actitud estética que ha surgido de nuestras nuevas visiones del mundo y de la vida.

Para nosotros el universo es un organismo de condición autorreguladora, de comportamientos impredecibles, sorprendentes, dinámicos y se nos revela, además, como un todo caótico.

El artista de la modernidad fijaba su atención en universos unificados. Nosotros queremos usar nuestra capacidad de atención y nuestra imaginación, de modo dinámico, en mundos pluridimensionales. Valoramos las obras de arte, partiendo de nuestro modelo del mundo.

En otras palabras, cada obra de arte deberá ser una pluralidad de procesos abiertos, dinámicos e impredecibles y para verificar su autenticidad deberemos asegurarnos que a como es ella es el mundo. Y que además, deba ser una cosa única en el mundo, nada habrá que se le parezca, su orden ha de obedecer a un orden interno y único de su autor.

Por lo demás, debido a la particularidad que tiene nuestro mundo de metamorfosearse, partiremos de la presunción de que no lo conocemos, de que es preciso que lo descubramos cada día.

Una obra de arte que sea el reflejo de éste mundo, habrá de resistir un número infinito de interpretaciones, sin llegar a ser ninguna de ellas, la verdadera. Y de paso nuestro concepto de la inspiración viene a ser diferente del que tenían de ella los artistas del pasado. Estos creían, así como acerca del pensamiento, que la inspiración tenía su fuente en un ser ahistórico, que era cuestión de ponerse en entonación con éste ser ahistórico, en un estado especial y ésta, al igual que el pensamiento, la recibíamos de un modo vertical.

En nuestro contexto (posmoderno) la inspiración es una simple toma de conciencia, es un darnos cuenta de ciertas cosas, de las cuales, antes no nos habíamos percatado y que nuestra descripción de ellas indica de qué modo nos afectan.

Si no estamos en condiciones de poder valorar el nuevo modelo del mundo (posmoderno) con su nueva gama de conceptos, tampoco seremos capaces de abandonar la vieja actitud estética.

En ese caso, seguiremos construyendo universos estáticos, cerrados y orientados de modo lineal.

Hasta hoy no se ha generalizado, para decirlo en términos de Nelson Goodman, esa nueva manera de hacer mundos. Y la crítica aún se resiste a valorar las pocas obras literarias que se han escrito bajo el influjo de las nuevas visiones del mundo.

Pero la función de un genio humano es la de construir. Habrán quienes sigan construyendo y reconstruyendo, independientemente de que sean valorados o no, bastará con que ellos los perciban como auténticos, universos de toda índole, cada día más raros y no cesarán, por ser los únicos que tienen ese poder, de producir valores estéticos.

Quienes posean una terquedad de tal naturaleza nos exigen una caracterización de ellos.

Por las complicaciones que nos produciría el hacer una caracterización en plural, la haremos en singular. Caracterizaremos a un individuo perteneciente a esta estirpe de hombres raros.

Físicamente, casi todos los seres humanos tenemos algo en común, pero psicológicamente cada individuo es único, es una estructura irreplicable. En la manera de ser, también puede clasificarse a la gente por grupo, podemos hablar, por ejemplo, de idiosincrasia nacional, e idiosincrasia familiar y hasta solemos referirnos a la idiosincrasia de tal o cual individuo. Pero cuando un individuo ostenta una idiosincrasia personal y toma conciencia de ello, tal individuo está libre de las clasificaciones plurales, se ha convertido no se sabe cómo, en un ser singular y esto quedará corroborado, más por cómo hace las cosas que por las cosas que hace, nadie, ni antes ni después de él, habrá alguien que las haga como él las hace.

Podríamos tomar el término singular como sinónimo de original, pero ninguno de tales términos es apropiado para formar parte de un contexto dinámico, pues lo que estoy tratando de hacer, es exponer mi tesis acerca de qué es y de dónde surge la originalidad. En cuanto a qué es, creo que es una gran suma espiritual.

Un hombre original es portador de una energía arrasadora y creadora a la vez, ésta energía que hace y deshace, hasta dónde yo sé, surge del sistema de creencias de tal individuo, o sea, de su propio yo, que es muchísimo más complejo que el yo del hombre socializado.

Si hay alguien a quien se pueda calificar de original, será sólo en virtud de que está por encima de lo que las convenciones sociales pretendían hacer de él. Es porque puede narrar una historia coherente acerca de sí mismo, una historia única. No habrá ninguna otra historia que se le parezca en el mundo.

Ese sería para mí, el paradigma de la originalidad, de la genialidad, etc. Un creador y recreador en todo el sentido de la palabra.

Por lo demás, este raro individuo habrá recorrido con la mirada, todos los espacios que se le han ido imponiendo, ha escuchado con mucha atención a todos los sabios que le han dirigido la palabra y ha bebido de todas las copas que le han ofrecido. No le teme a la influencia ni al contagio. El tiempo invertido en la reflexión y la meditación, sabe que tendrá que pagárselo a la sociedad, pero no le importa. Si es un hombre original, un poeta, un creador, no puede ser un inconsciente, sabe que está sólo, pero le gusta su soledad. Si alguien insiste en agregársele, lo más seguro sería que lo traicione o lo desprecie, sería capaz incluso, hasta de negar a sus propios padres, sólo por imponerse el reto de inventarse otros.

Nuestro modelo de hombre no se ocupa de problemas de la sociedad, no trabaja gratis un sólo minuto para la comuna. Pero sabe, y esto le permite tranquilidad de conciencia, que perfeccionándose él, contribuye a la perfección de la sociedad. Su individualidad, su resistencia a la socialización lo convierten, además de creador de universos, en una fuente de valores estéticos.

La estética sólo puede surgir de una fuerte individualidad. No es posible que surja del seno de conflictos sociales, tampoco es dable por causa de una socialización generalizada.

Sólo el individuo divorciado de la sociedad, como es el caso de nuestro modelo, que ha sido capaz de convertirse en un yo fuerte y sensible, ostenta la capacidad de impregnar de valores estéticos la historia que se cuenta a sí mismo y a los demás.

Por lo que se refiere al lenguaje en que contaremos nuestras historias, no podemos elegirlo, tampoco debemos buscarlo, porque no se encuentra en ningún lugar.

Si somos poetas, no es porque hayamos encontrado en un rincón de nuestro ser, un lenguaje bien articulado, ni porque hayamos hecho hábilmente una selección de términos conceptuales. Ni lo uno, ni lo otro, son garantía para mantenernos poetizando en un mundo cambiante, donde a cada instante se nos cambian las reglas del juego.

Narramos nuestras historias en la medida en que vamos adquiriendo, en consonancia con cada situación, un lenguaje poético.

Por lo demás, el orden que hay en este lenguaje, obedece a un orden que hay dentro de nosotros, pero este orden es precario y así lo es también dicho lenguaje, porque cada vez que cambiamos de postura, este orden se transmuta, pero también se transmuta, cuando entra en él, un nuevo elemento conceptual.

Las cosas que a mí me afectan, por pensarlas o por sentir las, también son sentidas y pensadas por otras personas, pero sólo los que tenemos el dominio de un lenguaje poético, podemos hacer descripciones estéticas de nuestros pensamientos y de nuestros sentimientos.

El Universo y la Obra de Arte

Una cultura poetizada sería una cultura que no insiste en que veamos en ella el verdadero muro detrás de los muros pintados...

Richard Rorty, contingencia, ironía y solidaridad.

Cuando estoy ante una obra de arte que me remueve por dentro y fuera, debido a la fuerza estética que percibo en ella, siento la necesidad de hacerme las siguientes preguntas:

¿A partir de qué comienza a integrarse una obra de arte? ¿Sobre qué fundamento se origina?

Gilles Deleuze (Qué es la filosofía? Pag. 218) Se refiere a un plano de «composición» para el arte y a un plano de inmanencia «pre-filosófico» de la filosofía.

Mi punto de vista contrasta con la noción de un plano de «composición» para el arte, pero este contraste es aún más fuerte en el caso de la noción de un plano «pre-filosófico» de la filosofía.

Creo que todos los procesos de que se compone una obra de arte se inician y terminan en ella, pues a ésta no hay nada (obvio) que la preceda, excepto su creador. El espacio-tiempo sobre el que se despliega se va haciendo en función de las contingencias internas de ésta.

La obra artística, para que sea considerada como tal, su autor tendría que haber sido capaz de enfrentar el caos y salir victorioso.

Sólo después de semejante esfuerzo, convertido ya en un ser extraordinario, éste estaría en condiciones de mostrarnos un orden inédito, que es con lo que se corresponde la obra de arte, en otras palabras, sólo entonces estaría en condiciones de decirnos: ¡he ahí una obra de arte!

Por lo demás, podemos pensarla como un mecanismo paralelo masivo, pero no en el sentido de una infinidad de canales abiertos, que sean receptores y emisores a la vez, como en el caso del cerebro humano, sino más bien, en el sentido de contenedora de una pluralidad de perspectivas paralelas.

Pero antes de continuar con nuestras reflexiones acerca de la obra de arte en general, queremos dejar claro, de que en nuestro contexto «posmoderno», la filosofía toma el status del arte literario, por tanto, no es pensable ninguna referencia «pre-filosófica», o sea, algo así como un plano de inmanencia sobre el que se funda la gama de conceptos que conforman una obra filosófica.

Una obra de arte es un universo artificial (un reflejo del mundo decían los modernos). Toda obra de arte genuina, cuyo autor haya puesto en ella, suficiente fuerza estética, ha de hacernos sentir, al contemplarla, como si estuviésemos contemplando, en toda su intensidad y coloridos, nuestro mundo natural, la totalidad de nuestro paisaje natural. Su armonía, que es un elemento del que no puede carecer, no surge del seguimiento fiel de una serie de reglas.

Darío nos advirtió, diciéndonos acerca del arte en general: el arte no es un conjunto de reglas, sino una armonía de caprichos.

A estas alturas, no hay nada más equivocado que iniciar una obra de arte normativamente, tratando de ajustarla a un mundo adecuado y persistente. Sólo en una concepción simétrica y lineal de éste, esto podía ser concebido.

Su inicio es comparable al inicio del universo. Aún no estamos claros respecto de cómo y a partir de qué se inició éste.

La ciencia se refiere a un instante singular, (el big bang). Así mismo pensaremos el inicio de una obra de arte, por parte de su autor, a partir de un instante singular.

Al no tener evidencia a partir de qué y sobre qué fundamento se inician tales procesos, le daremos el crédito a la magia que comporta la poesía.

Si el mundo hubiese sido creado (creemos en la autocreación de la naturaleza) sólo podría haber sido posible por alguien similar al que hace la obra de arte genuina, esa obra que comporta una gran fuerza estética: por un poeta extraordinario.

Por lo demás, queremos enfocar otro aspecto en el que la obra de arte es idéntica al universo natural. ¿Sobre qué se funda éste? En términos de la física teórica, (se inicia a partir de un instante singular) éste se fundamenta sobre sí mismo. Y la obra de arte, ¿sobre qué se fundamenta? Si su inicio, como dijimos ya, por parte de su autor, fue a partir de un instante singular, similar, como dijimos más arriba, al inicio del universo, es obvio que su fundamento consiste en ella misma.

Pero además, a partir de ese instante singular en que su autor le da inicio, igual que en el caso del universo natural, se convierte en una pluralidad de procesos abiertos y comienza a expandirse, sin ningún sentido teleológico, de un modo autónomo.

Esto implica que su creador pierde control sobre ella, el sentido lógico y el deseo normativo de éste no le sirve de nada.

La mano que escribe, la mano que pinta, etc. queda expuesta a la pura contingencia.

Debido a los rasgos que he descrito hasta ahora, de la obra de arte, los escritores modernos (en el pasado y aún quedan algunos por ahí) cuando se los interrogaba acerca de cómo hacían sus obras, solían decir que no eran del todo conscientes de cómo y por qué habían escrito o hecho algunas cosas a través de la obra.

Yo creo, en particular, que sólo podemos describir aquellas cosas de las cuales vamos tomando conciencia.

Los posmodernos tomamos conciencia en el momento en que perdemos el control sobre la obra, nos percatamos de cuándo comenzamos a describir acontecimientos que no estaban previstos al inicio de la obra, pero no podemos hacer nada para evitarlo, tampoco estamos interesados en hacer nada en contra de esto, porque es precisamente, este aspecto contingente del mundo, que se refleja en la obra de arte y la enriquece, sin que el autor se lo haya propuesto, lo que nos ha librado de

un modo de vida pasiva y simple como la razón misma, para llevarnos, dinámicamente, a un estado de creatividad a todos los niveles.

Vamos a reconocer tres niveles de la creación artística. A estos tres niveles de la creación corresponden tres poetas. El buen poeta, el gran poeta y un poeta (hipotético) extraordinario.

El buen poeta por ejemplo, es capaz de realizar unas que otras obras buenas, no vamos a negarle su status de artista, pero se resigna, se somete a una infraestructura de pensamiento preestablecida, o por decirlo en otras palabras, se ajusta a un conjunto de reglas.

El gran poeta, por lo contrario, rechaza cualquier acuerdo con la verdad, con la lógica en términos de un esquema de pensamiento preestablecido y no obedece tampoco a ningún conjunto de normas. Es capaz de crear su propio universo con sus propiedades particulares a partir de fragmentos rescatados del pasado.

Este poeta habla en su propio lenguaje, no se lo pide prestado a nadie. Poetisa dentro de un contexto nuevo, cada cosa, en este contexto, se vuelve novedosa y cada obra suya lleva su propio sello, y es inconfundible con cualquier otra.

Por lo demás, cualquier suceso que sea narrado o descrito por tal poeta, tiende a convertirse en un suceso universal, por la novedad que comporta, nada similar le ha de preceder en el mundo.

El poeta extraordinario (seguimos firme en nuestra creencia de la autocreación de la naturaleza) no lo vamos a tomar literalmente, es más bien un poeta imaginario, hipotético, no obstante, vamos a imaginarlo en el nivel superior de la creación.

Es sólo en virtud de esto que le vamos a atribuir, a pesar de que es ideal, estados mentales sublimes.

Este supuesto poeta comienza de cero y sin ningún fundamento para establecerse. Ha de ser en virtud de una imaginación inaudita que podrá sostenerse sobre sí mismo.

La creación del universo, si hubiese sido el caso, como hemos venido diciendo, sólo podría haber sido posible por un poeta extraordinario.

Nuestro deseo de que nuestra sospecha tenga fundamento, nos llevó a concebir a este hipotético poeta.

La capacidad creativa de tal poeta no tendría límite, tendría que ser absoluta, pero, como en nuestra perspectiva todo es posible, hasta es posible, que nuestro poeta imaginario, en algún momento, en un lugar impensable, haya sido una realidad que alcanzó el orgasmo cósmico y que a partir de tal orgasmo, el mundo comenzó a funcionar.

Creemos que es necesario aclarar, que el término poeta, equivalente a creador, lo hemos venido usando en su sentido más amplio, o sea que, en este contexto, es poeta todo aquel que hace uso del lenguaje escrito, verbal, pictórico, etc. Para mostrarnos algo nuevo.

Para seguir con nuestro paralelismo dialéctico entre la obra de arte y el universo natural, vamos a tomar como modelo, la novela «posmoderna» y vamos a enfocarnos en el aspecto del orden. En este contexto siguen siendo similares, en ambos resalta a primera vista la pluralidad. No podemos hablar, respecto a la novela «posmoderna» ni respecto al universo, de un orden homogéneo y absoluto.

Hemos venido diciendo con mucha frecuencia que el universo es plural en todos sus aspectos, pero en términos del orden, o sea, en cómo está conformado y perfilado, no nos habíamos referido.

Desde este punto de vista, encontramos en él, una conformación idéntica a la conformación de las cajas chinas, es decir, que su conformación obedece a una pluralidad de órdenes que se perfilan, un orden dentro de otro orden, así al infinito.

Por lo que se refiere a nuestra novela, apenas nos estamos percatando de que también es plural en todos sus aspectos y que mantiene también, la misma conformación que las cajas chinas.

La palabra es absorbida por la frase, la frase por la oración, la oración por el párrafo y el párrafo por el orden global de la novela y así también en su aspecto temporal. No está compuesta por una historia única, sino por una pluralidad de historias. Cada personaje comporta su propia historia.

No está hecha tampoco para una única interpretación, sino que más bien para una infinidad de interpretaciones, por eso dijimos más arriba que la obra de arte es contenedora de una pluralidad de perspectivas paralelas.

En vista de nuestra incapacidad de no poder enfocar todos sus aspectos, nos resignaremos también, a que haya una pluralidad de etcéteras...

Pero queremos dejar sentado, que su conformación, es idéntica, igual que en el caso del universo, a la conformación de las cajas chinas. Un orden dentro de otro orden, así al infinito.

Por lo demás, la narración o descripción de nuestra novela, exige un lenguaje rico. Si tratamos de hacerlo ajustando las contingencias de la historia a un lenguaje definido, no evolutivo, el resultado será negativo, la obtención de una novela mediocre, sin ninguna calidad artística.

En cambio, si por lo contrario, nos esforzamos por ajustar nuestro lenguaje a las contingencias de la historia, irán emergiendo, poco a poco nuevos términos y debido a la emergencia de esos nuevos términos, nuestro lenguaje evolucionará e irá enriqueciéndose, en la medida en que la historia valla desarrollándose y al final, lo que obtendremos, será una verdadera obra de arte.

En mi caso personal, no me hice un lenguaje bien definido, de una vez para siempre, para después ponerme a escribir.

Tengo que comenzar, siempre, cuando pretendo escribir un texto, ajustando mi pobre lenguaje, a las contingencias de dicho texto, pero creo que de este modo irá surgiendo y enriqueciéndose, poco a poco mi lenguaje personal.

Por una pluralidad a todos los ordenes

Necesitamos una redescrición del liberalismo como la esperanza de que la cultura en su conjunto pueda ser «poetizada», y no como la esperanza de la ilustración de que se la pueda «racionalizar» o tornar «científica». Esto es, necesitamos colocar la esperanza de que puedan equilibrarse las posibilidades de cumplimiento de las fantasías privadas en lugar de la esperanza de que cada uno reemplace la «pasión» o la fantasía por la «razón».

Richard Rorty, contingencia, ironía y solidaridad.

Hemos estado poetizando a través de los siglos, ya es tiempo que aprendamos a pensar en conceptos y no lo hagamos solamente en imágenes.

Soy latinoamericano y como tal os invito a todos nuestros hermanos latinoamericanos a que comencemos a ejercer una filosofía de la acción. Podemos seguir poetizando (una imagen plural del mundo creo que ha de estar poéticamente fundamentada), pero es preciso también, que comencemos a actuar de modo práctico. Es obvio que los pueblos más desarrollados hasta hoy son aquellos que han adquirido una noción práctica de la vida. No nos dejemos ilusionar por aquellos que siguen haciendo malabarismos conceptuales. Ya perdimos demasiado tiempo. Ni siquiera es apropiado que nos hagamos viejas preguntas, cuyas respuestas han sido pospuestas una y otra vez por la filosofía universal. Hagamos caso omiso de tales interrogantes esenciales, las cosas son lo que nosotros hagamos de ellas, hagamos de cada situación, no un objeto de análisis, ni siquiera un objeto de reflexión profunda, sino que por lo contrario, realicemos las acciones prácticas que sean necesarias en cada situación.

No es necesario ni es útil, diría un pragmatista, que ajustemos nuestras acciones al imperio de la lógica. En la conformación del mundo se evidencian rasgos absurdos y en un contexto así es la situación la que ejerce imperio sobre nosotros y es nuestra capacidad creativa lo que nos permitirá salir avantes en última instancia, de cada situación, pues no contamos con formas estables, por eso, es menester que nuestro deseo de estabilidad ha de dar paso a un deseo de pluralidad en todos los órdenes, conscientes de que esto nos lleva a su vez a un historicismo no convergente a todos los niveles. En las nuevas concepciones del mundo y de la vida, el historicismo convergente se vuelve, al igual que cualquier clase de ahistoricismo, ininteligible.

En una perspectiva historicista a todos los niveles, estamos obligados a adoptar una noción práctica de la vida, que dicho sea de paso, es la que han adoptado aquellos países que en la actualidad son los que han alcanzado mayor desarrollo económico y cultural.

Paremos la búsqueda de senderos bien definidos y saltemos por encima de todos los fundamentos que se nos han ofrecido. Adoptemos con urgencia una actitud práctica.

Debemos realizar todas las acciones que podamos imaginar. No esperemos a que se haga el orden, este es precedido siempre por la acción. Si nosotros cambiamos, debido a que el mundo no tiene independencia de nuestra mente, éste también cambia. Cambiemos de una actitud pasiva, que es la que hemos mantenido hasta hoy los latinoamericanos, a una actitud dinámica que es la que se corresponde con la nueva imagen del mundo.

Los países desarrollados y ricos poseen una versión del mundo, de acuerdo con la cual realizan sus acciones en pro de sus propios intereses. No esperemos a que ellos vengan a salvarnos, comencemos aquí y ahora, como dije antes, a realizar todas las acciones que vayamos imaginando.

El hombre no ha sido capaz de inventar un sistema político-social que fuese capaz de sustituir con éxito a la democracia-liberal. Creo que es justo reconocer que debido a su conformación pluralista, se corresponde bien con una imagen multiestructural, polidimensional y policrónica del mundo.

Todos los sistemas políticos que han pretendido ser homogéneos y convergentes han chocado con esta manera de ser del mundo. No podemos sostener una racionalidad fuerte, en el contexto de la democracia-liberal, nuestra racionalidad ha de ser débil, ha de ser de la persuasión y no de la fuerza, de la tolerancia y no de la negación tajante, es decir, hemos estar dispuestos a discutir las cosas, antes que a destruirnos a nosotros mismos por verlas desde distintas perspectivas.

Por ahora, lo más práctico es que adoptemos a la democracia-liberal como nuestro propio sistema político. Este sistema no es a secas un sistema establecido sino que debido a sus contradicciones internas, y a que se autodesmitifica constantemente, podemos concebirlo como un sistema inestable-establecido.

Quisiera que en nuestra idiosincrasia, uno de los rasgos principales fuese la de adoptar una actitud creativa ante cada situación. Nuestro cambio para bien depende de que podamos hacer una nueva y mejor descripción de todas las cosas de nuestro entorno.

El Humanismo en la Posmodernidad

Nada hay en las personas aparte de lo que se ha incorporado a ellas a través de la socialización: su capacidad de utilizar el lenguaje y, con ella, la de intercambiar deseos y creencias con otras personas.

Rihard Rorty, contingencia, ironía y solidaridad.

En nuestro artículo nos proponemos hacer un enfoque de la trayectoria del humanismo.

Pero antes trataremos de hacer un esbozo del hombre existencialista. Por haber sido una de estas corrientes filosóficas que se encargó de dejarnos claro de que, al no haber un ser superior, atemporal, no había nada más que hacer, que hacernos responsables de nuestros propios actos.

Según los principios existencialista. Primero es la existencia y después es la esencia. ¿Qué significa en ese contexto, que la existencia precede a la esencia? Significa que el hombre empieza por existir, se encuentra, surge en el mundo y se define en él. Así, pues, no hay naturaleza humana, el hombre es el único que no sólo es tal como él se concibe. Sino, también, como él se quiere, y como él se concibe después de la existencia. El hombre no será jamás un fin, porque siempre está por realizarse, es un proyecto que se vive subjetivamente.

Para Sartre no hay nada fuera del hombre, no hay ser, de modo que Dios no es que no exista, sino que no tiene sentido plantearse su existencia, dice además, que el hombre no es más que la suma de sus actos, pues sólo hay realidad en la acción. El hombre, para él, no es nada más que su proyecto, no existe más que en la medida en que se realiza, no es por lo tanto, más que el conjunto de sus actos, nada más que su vida.

La historia del pensamiento, tanto como la del lenguaje, es paralela a la historia de la humanización del hombre.

Nuestra conciencia social comienza con el uso de las palabras. No contamos con una conciencia pre-verbal a la que las palabras pudiesen adecuarse.

Nosotros los lingüísticos damos por sentado, de que antes que el hombre poseyera un lenguaje, tampoco estamos claros de que poseyera la capacidad de pensar, pues no podemos pensar sin palabras, sólo podemos creer que pensamos cuando hablamos y sólo en virtud de este hecho podemos ser capaces de afrontar nuestra contingencia. No tenemos un mundo adecuado para nuestro lenguaje, porque éste cambia continuamente, es preciso que seamos capaces de ir adecuando nuestro lenguaje a esta forma de ser del mundo.

Esto nos lleva a suponer que nuestra humanización comienza en el mismo momento en que comenzamos a expresarnos en palabras bien articuladas, diferenciándonos por este hecho, no por nuestra capacidad de razonar, del resto de los animales. Hablamos porque pensamos y pensamos porque hablamos.

Por ello nos resulta obvio, como dijimos al inicio, que la historia del pensamiento, tanto como la del lenguaje, es paralela a la historia de la humanización del hombre.

Es decir, que el concepto de ser humano que nos hemos atribuido siempre, es legítimo, pero debido a nuestra debilidad, para hacerle frente nosotros mismos a nuestros compromisos y a nuestros errores, debido a nuestra autocompasión, nos hemos inventado paraísos celestiales, nos hemos convertido a veces, voluntariamente, en imagen de un ser ahistórico, y como consecuencias, a veces hemos perdido algo de nuestra condición de lo que somos: seres humanos y nada más.

Filosóficamente hablando, el concepto humanismo ha evolucionado cada vez que ha surgido una nueva concepción del mundo y de la vida, es decir, cada vez que el pensamiento se ha renovado, la noción humanismo, también ha sido renovada.

En la Grecia antigua por ejemplo, surgió la noción antropológica, de que el hombre era la medida de todas las cosas. Con esto se descalificaba a los dioses, ya no era sólo a partir de la intervención de éstos que el hombre podría actuar, ni serían modelos a imitar, sino que el hombre sería modelo de sí mismo.

Aún de modo inconsciente nos estábamos conduciendo, retomando nuestra condición de humanos, hacia una humanización y precisamente debido a esa inconsciencia fue que caímos después en la trampa de la revelación.

Tuvo que correr mucha agua debajo del puente, antes que surgieran los pensadores del renacimiento. Fue en medio del florecimiento de éste movimiento generalizado que se adoptó la postura humanista de modo consciente. Fueron estos pensadores los primeros en hacer un gran avance en la humanización del hombre. Contrapusieron la razón a la revelación, causando con ello, por primera vez una duda generalizada acerca del poder de intervención en nuestros asuntos por parte del dios judeo-cristiano. Y es en este contexto donde surge el humanismo como una actitud que rompe con las tradiciones escolásticas medievales y exalta las cualidades humanas, dándole sentido racional a la vida, es decir, se pone énfasis en la responsabilidad del propio hombre para darle sentido a su vida.

Ya no es necesario recurrir a un mundo trascendental o a un dios. El hombre es, como lo había declarado Protágoras varios siglos antes, centro y medida de todas las cosas.

Se hace hincapié en la dignidad y el valor de la persona.

Inferimos que los humanistas renacentistas partían de la tesis de que la razón y la ciencia eran suficientes para la comprensión del mundo y que abrazaban la concepción de que no hay salvación fuera de la naturaleza y que apreciaban el funcionamiento de la misma y anhelaban proteger mejor la tierra con el fin de preservarla para las generaciones futuras.

El humanista renacentista, además de comprometerse con la ciencia, también lo hizo con las artes. La poesía, la música, las bellas artes, etcétera. Consideraban a éstas como fuente de enriquecimiento cultural.

Nunca, ni antes ni después, del renacimiento, ha habido una oleada de creadores de igual magnitud. Todo fue arrasado y recreado de nuevo.

Pero tuvimos que esperar hasta el advenimiento del existencialismo, para ser testigos de cómo el hombre toma definitivamente el lugar de Dios.

Jean-Paul Sartre afirma que no existe más mundo que el del hombre, el mundo de la subjetividad humana, no existe más legislador que el hombre mismo.

Dostoievski había dicho antes: si Dios no existe, todo está permitido.

Concuerdo con los principios humanistas de Sartre, en el sentido de que no hay más mundo que el del hombre y que no existe más legislador que el hombre mismo, pero no estaría dispuesto a adoptar el principio de Dostoieski, de que: si Dios no existe, todo está permitido.

Propugnamos por una humanización más profunda que la experimentada en el renacimiento y la del existencialismo, pero nuestro principio básico será que: si Dios no existe, estamos obligados a hacernos responsables de nuestros propios actos. Pues, nos humanizamos cuando dejamos de fundamentar nuestra existencia en un ser ahistórico, fuente de pensamiento vertical, y asumimos nuestros actos, malos y buenos, como responsabilidades propias, contraídas en nuestra confrontación con las cosas de nuestro entorno.

Una vez que adoptamos esta actitud humanizada, no queda nada en el cielo y todo depende de nosotros.

En el contexto de nuestra filosofía, que pretendemos que sea una filosofía de la acción, fundamentamos nuestra existencia en un haz de creencias, adquiridas una a una, dentro de un espacio-tiempo, de modo experiencial.

Ya no nos mueve el deseo de cumplir ninguna ley moral, ni ningún mandato del más allá, sino el deseo de hacer mejor las cosas, aquí y ahora, ajustándonos a cada situación de la mejor manera posible.

Cuando trasladamos todo a la tierra, renunciamos también a la posibilidad de alcanzar una existencia absoluta.

Estamos atrapados en una red cósmica, nuestra existencia es relativa, nuestra existencia depende de que otras cosas existan y de que podamos narrar una historia, así como acerca de nosotros mismos, acerca de ellas.

Si no somos imagen de un ser no humano, somos simplemente cosas reales, reales en el sentido en que se nos puede atribuir una forma, en que se nos puede dar una distinción.

Nuestro humanismo radica, precisamente, en saber que no hay nada fuera del espacio-tiempo y que como seres humanos que somos y nada más que eso, hemos tomado conciencia de que dependemos de nuestro contacto directo con el mundo y que es nuestra sensibilidad la que nos permite ese contacto.

Sensibilidad y Predisposición (Aforismos)

1. La grandeza de un hombre consiste en que es capaz de narrar una historia de sí mismo, en virtud de la cual es notorio en el mundo de la vida.
2. Toda grande personalidad llega a ser consciente de que lo es y debido a esto es que siente la necesidad de crear su propio mundo y cuando lo hace, procura siempre que éste sea la negación de todos los otros mundos posibles.
3. Hay que ser absolutamente moderno decía Rimbaud a mediados del siglo diecinueve. Con esto quería significar que era necesario negar todo el pasado.

En nuestras circunstancias no nos queda más que ser: historicistas no convergentes a todos los niveles.

4. A los hombres que llamamos hombres originales deberíamos llamarlos hombres negadores, ellos son siempre rechazados por sus contemporáneos por que sin proponérselo ponen en duda las verdades de los otros.

Lo viejo conocido es fácil de soportar. Lo nuevo implica riesgo, es un nuevo reto.

Todos los aventureros del pensamiento se han dado cuenta de esto, pero es que ellos nacieron para eso, para el riesgo.

Sócrates aceptó su culpabilidad, no era un inconsciente. Tomó la copa voluntariamente.

Jesús sabía que moriría en la cruz después de ser azotado y arrastrado como una fiera vencida. ¡Pero no era posible renunciar a ser el portador de las buenas nuevas, renunciar a ser el gran negador!

5. No existe mundo alguno donde no imperen los accidentes. No hay nada seguro bajo ningún firmamento.

El movimiento no tiene orden alguno. No existe un orden por tiempo indefinido, sólo hay períodos irregulares de estabilidad. La vida es una breve y tensa expectativa.

6. La sensibilidad es el mayor atributo del hombre. El dinamismo es factor de salvación.

Cuando trato con un hombre, me hago a la idea de que trato con un ser sensible, más que conocedor.

En virtud de nuestra sensibilidad podemos traspasar varias dimensiones.

Sabemos que vivimos en un mundo polidimensional y policrónico. El tiempo que yo percibo es únicamente mi tiempo. El mundo en que vivo es aquel que hace un instante me inventé.

¿Qué puedo decir de las experiencias de los otros? Cada Individuo vigila sus propias fronteras.

7. Un hombre original es una fuente de valores estéticos, un ser fuerte y sensible, es capaz de captar detalles muy sutiles de las cosas y proyectar en la pantalla de su medio, imágenes que al principio, los otros no las valoran sino como actos irracionales de su parte.

8. Todo aquello con lo que no estamos familiarizados, nos asusta o nos enfurece. Los grandes espíritus terminan imponiéndose, ellos han recorrido grandes distancias. Pueden hablarnos acerca de las ruinas de otras dimensiones.

9. Un hombre sólo puede convertirse en un ser fuerte y sensible, después de grandes esfuerzos.

En este momento yo querría abordar las naves interestelares.

¡Aún me queda mucho por andar bajo este cielo que se me impuso!

10. Un hombre debe luchar ferozmente hasta el último instante con las armas que posea. Debe realizar todas las acciones que pueda imaginar.

Cuando la mayoría de nosotros estemos persuadidos de que el espíritu es una dispersión, aumentará el número de los que querrían traspasar todas las fronteras.

Nuestra primera tarea debe consistir en tratar de reunir la mayor parte de nosotros.

11. He decidido hablar insistentemente de la dispersión espiritual, porque me he dado cuenta de que en el mismo instante en que un hombre se vuelve consciente de que su yo está disperso, se vuelve más dinámico.

Hay signos en el ambiente que nos indican, que en el futuro, un hombre dependerá de su capacidad dinámica.

12. Toda verdad se cristaliza y llega un día en que se rompe. No vamos a decirle al resto de los hombres que sólo existe nuestra verdad y que nuestra verdad es vuestra salvación. La salvación de cada hombre depende de lo que éste encuentre bajo su cielo personal.

13. Si somos artistas, creadores o profetas, tenemos la capacidad de percibir el caos. Todos aquellos que hasta hoy lo han logrado se han impuesto, paradójicamente, la difícil tarea (como buen hombre moderno) de imponer el orden. Toda visión del orden es una visión pasajera. ¡Sólo el caos es universal y absolutamente real!

14. Lo que un hombre dice o hace espontáneamente, lo hace en virtud de su sensibilidad, sólo ésta nos proporciona la habilidad para ponernos en contacto con las cosas.

15. El creador, para que lo sea verdaderamente, ha de saber mostrarnos, en cada obra suya, aunque sea un pequeño espacio, de su perspectiva del mundo.

16. El creador no se detiene ante nada. Su accionar es suave pero penetrante y no acepta moldes ajenos ni acaricia esquemas viejos. Sabe que lo más importante es reunir la mayor parte de sí. Sabe también que está obligado a vencer toda oposición y a no darse nunca por vencido. Crear es negar. Es insatisfacción con lo ya establecido.

17. Toda obra es autobiográfica. El creador no puede hablar más que de sí mismo. Todas las descripciones que haga, son descripciones de sí mismo. En ninguna parte más que en sus obras se refleja el espíritu de un hombre.

18. Es el hombre mismo quien se ha empeñado en autoencerrarse entre paredes sin puertas. Donde quiera que he entrado, he encontrado salida. Bajo este firmamento en que me tocó nacer, traspasaré todos los límites. ¡En este instante estoy escuchando una voz persuasiva que me invita a ir más allá...!

19. El creador acostumbra decir cosas, que en un principio no tienen ningún sentido para los otros hombres, de manera arbitraria se pone a relacionar cosas sumamente dispares.

20. Los grandes creadores son dueños de territorios cuyas fronteras están protegidas por murallas de sombras.

Ellos no dicen lo que dicen para que lo entiendan los demás, lo dicen por que tienen que decirlo. Son conscientes de que los otros no entienden y sencillamente se encogen de hombros.

21. Lo que yo digo, lo hago porque sé que nadie más en todo el universo podría decirlo, callarlo sería egoísmo de mi parte.

22. Todo hombre enterado es un hombre triste. Me decepciona un hombre que siempre esté alegre.

23. Hay sabios que se vanaglorian diciendo que han encontrado su yo. Yo no encuentro sino fragmentos por todas partes: en ciertos libros de filosofía he encontrado una buena parte, en algunos de ficción he encontrado otro tanto, en algunos poemas he encontrado también una parte considerable, pero sigo construyendo e inventando mi propio yo.

24. ¡Soy violento y agresivo! Si no logro reunir la mayor parte de mí, bajo este cielo en que me tocó nacer, nadie sabrá que nací a mediados del siglo veinte, en un país llamado Nicaragua...

25. Trascender la realidad colectiva. Saltar las barreras del entorno, eso es lo que me he propuesto.

¡Psiquiatras y psicólogos, no perturbéis a los esquizofrénicos!

Mis amigos dicen que pueden ver dónde termina el horizonte. Yo no puedo palpar ni siquiera las paredes de mi casa. Y no es que no estén ahí donde las construyó el albañil... ¡No poseo la noción de límite!

26. Si el eterno retorno, no hubiese resultado ser una ficción, ya hubiera muerto de tristeza. Nietzsche terminó en un manicomio. Yo tengo ansias de espacio.

27. Sólo hay imágenes de seres indefinidos que se mueven de manera imprevisible, cuyos movimientos de manera inexplicable nos afectan.

28. El mundo está llegando a un estado crítico y el destino anda en alas del azar.

Si una estrella se desprendiese de su firmamento, inmediatamente dejaría de ser lo que soy. Y si yo cambio, todo lo que hay a mi alrededor sufriría también cierto cambio.

29. No es pensando que llegaremos a provocar confusión, y por último agitación en nuestro entorno.

La fuerza de todo trasgresor radica en su capacidad de imaginación.

Si queremos salvarnos, hemos de ser capaces de inventar a nuestros padres. Ya no hay tiempo para ponerse a razonar.

30

En el contexto de un tiempo lineal, el hombre con toda holgura podía hacerse una y otra vez, preguntas como éstas: ¿Dónde está Dios? ¿Dónde está la entidad que hace uso del cerebro?

En la perspectiva de un tiempo saltarín, es la capacidad de transmutación lo que importa.

31. Hemos dicho que el dinamismo es factor de salvación y la sensibilidad es el mayor atributo del hombre.

Si alguien queda bajo los escombros, no podrá justificarse.

Si percibimos vibraciones de universos distantes, ya estamos a salvo.

32. Cuando me esfuerzo por reunir la mayor parte de mí, lo hago no sólo por mí, sino también por todo el resto de los hombres.

¡Ojalá puedan dispensarme todos aquellos que han sufrido ante el ímpetu de mi agresividad!

¿Podría, de otra manera, aspirar a valorar yo mismo (malas y buenas) mis propias acciones?

No me pondré a analizar el problema de si existe o no la verdad objetiva.

Es evidente cada vez más, que nuestro universo es plural en todos sus aspectos y que cada cual lleva dentro de sí su propia versión de él.

33. No es posible mantenerse en estado pasivo. Sabemos que el caos reina en el universo. Que todo firmamento se rompe. El mundo no es una serie de acontecimientos, es una correlación de sucesos.

Al creador, (suponiendo que haya habido uno) debió haberlo afectado tanto la creación de nuestro mundo, al extremo de que pudo haber sido ésta la causa de la dispersión espiritual.

34. En un mundo de correlación de sucesos, el mismo hecho de observar (si nos atenemos a la física cuántica) afecta ya, a lo que observamos y de manera recíproca somos afectados también. Se cayó el teatro cartesianos, ahora todos somos autores y espectadores a la vez.

Ya no hay lugar para un punto de vista omnisciente y esto afecta el contexto de la narrativa en general.

Se acabó la gran narración. Todo se volvió plural. Varios narradores nos narran y nos proporcionan, cada uno de ellos, desde sus propias perspectiva, una versión diferente de la misma historia.

Lo que creamos comienza a afectarnos mucho antes de que podamos mostrarlo y durante el proceso de la mostración, seguimos siendo afectados...

Lo único que asegura la existencia de cualquier universo, es la interrelación de sus elementos...

35. Un individuo sufre en la medida en que es consciente de los problemas que suscitan a su alrededor.

¡Estoy a punto de morir, si puedo reconfigurarme, romperé el cielo convencional!

36. Si hemos perdido la habilidad de engarzar ideas y nuestra imaginación no tiene ya el poder de materializar, no nos refugiemos en el autoconzuelo.

Allí están las aguas profundas. Está el desierto. Hay un puñal en el fondo del baúl. Si no podemos mantener el equilibrio sobre la tierra fresca, ¡qué se rompa el cielo!

37. No estaré a la defensiva frente al mundo, seré el agresor. Sé que no hay leyes a mi favor. He de inventar mis propias leyes.

38. Han comenzado a caer sobre nuestras cabezas, fragmentos del cielo que heredamos. Más allá de este territorio en decadencia, hay otro, cuya ecología virgen, nos permitirá estructurar un nuevo firmamento.

39. Vamos a erradicar de la cabeza del hombre la noción de límite. No hay distancia que no pueda ser recorrida por la imaginación de un hombre.

40. En la perspectiva de los hombres superiores no hay punto medio; se elevan hasta el cielo o se hunden en las profundidades del infierno.

41. Sabemos que el mundo es una correlación de sucesos. Podemos andar en todos los sentidos imaginables.

42. La vida es un viaje a través de un hilo muy delgado. Si cruzamos el puente, después de que se rompa el cielo que heredamos, entonces sí, seremos hombres extraordinarios. Yo he sobrevivido a todas las catástrofes que he podido imaginar.

43. ¿Por qué no renunciamos a nuestras limitaciones y tratamos de vivir como si estuviésemos soñando?

¡Se romperán todos los firmamentos, el caos reinará en todo el universo, Dios y Luzbel perderán su identidad!

Vosotros, hombres; ¿Queréis que ese momento llegue?

¡Yo querría anunciar el día exacto de esa catástrofe universal!

44. Nuestro mundo es “dispersión espiritual y es a su vez, polidimensional. Hemos enfocado estos dos aspectos de nuestro mundo y en ambos es evidente la fragilidad de todos los cielos.

45. ¿ Y Si el soñar es una vigilia en otra dimensión, (según la neurofisiología, cuando estamos soñando consumimos una cantidad de energía similar a la que consumimos en vigilia) quién nos asegura, que en una noche de tantas, no nos podamos quedar para siempre, atrapados en un sueño y como si fuera poco, en un sueño de terror? Y por otro lado, Si sufrimos una disociación, ¿cómo hacer para reunificarnos?

¿Qué hacer para superar la hipersensibilidad?

¿Cómo hacer para recorrer todos los espacios que podamos imaginar?

46. De ahora en adelante las preguntas sobran. El hombre ha de mantenerse en un estado de predisposición absoluta. (el término absoluto significa aquí el más alto grado) y cuando le toque actuar, ha de hacerlo, como si el cielo estuviese a punto de romperse.

En el contexto de este universo, que es dispersión espiritual y a la vez es polidimensional, vamos a enfocar el comportamiento posible del hombre.

47. En un mundo de sorpresas, donde todo es posible, nadie puede estar seguro de nada, en un mundo así, el hombre está obligado a ser desconfiado y a sentirse inseguro.

En estas condiciones hemos de estar preparados para lo peor y esto le da a nuestro mundo un carácter dinámico. En tal perspectiva, la inseguridad es una actitud suficientemente racional.

Otra condición del mundo que obliga al hombre a convertirse en un ser dinámico, es la imposibilidad de encontrarle fundamento. Debido a este aspecto de nuestro universo, es que no podemos encontrar la verdad en ningún lugar específico. su determinación depende de nuestra perspectiva. Nos conforta el hecho que cualquier mirada específica de un individuo sobre el mundo, no es otra cosa que una acción creadora.

48. En la perspectiva de la dispersión espiritual, el yo es una suma que nunca llega a ser totalidad. No podemos hablar nunca refiriéndonos al yo como algo definido, como algo terminado. No es posible un yo de tal naturaleza. Desde esta óptica, sólo podemos interpretar imágenes de seres indefinidos.

49. La sensibilidad, como he afirmado siempre, es el mayor atributo del hombre. Es la condición sensible lo que vuelve al hombre complejo. Sin esta particularidad su estudio sería sencillo.

50. La infinidad de definiciones del hombre, es en virtud de sus múltiples aspectos que presenta en cada momento determinado.

Es debido también a su sensibilidad que está expuesto constantemente a sufrir transmutaciones, que paradójicamente, es lo que le permite perdurar dentro de la asimetría de este mundo.

Y es debido también, a esa sensibilidad que puede ser fácilmente afectado por los acontecimientos que se dan en nuestro entorno.

51. En nuestra dinámica, la práctica común de conocer y después hacer, ha de quedar superada.

El creador dice: hagamos que después habrá tiempo de sobra.

Vamos a comenzar a vivir como creadores en nuestra cotidianidad. Haremos y después comenzaremos a conocer.

Ahora que sabemos que nuestro cielo se romperá, que cada día nuestro espacio se reduce. Hemos de estar preparados para dar el salto hacia otro plano.

52. Vivimos al borde del misterio. Es preciso que nos convirtamos en acróbatas y es importante también que aprendamos a transmutar nuestro lenguaje.

Estamos en un momento crucial de nuestra historia. Es menester que reiniciemos nuestra aventura acorde con las exigencias del momento. Yo vengo de una gran profundidad, he surgido de una capa muy gruesa de materia simple, para convertirme en lo que soy, en un pedazo de materia compleja, en un ser ultrasensible. Tengo la piel demasiado delgada como para resistir latigazos de manos primitivas. Ya no le debo nada al mundo, ni el mundo me debe a mí, he recibido todos los pagos y he pagado todos los precios, pero el mundo es tramposo, a cada instante, sin previo aviso, nos cambia las reglas del juego y entonces no sabemos a qué atenernos.

53. Si puedo situarme por encima de lo que las convenciones sociales pretenden hacer de mí, entonces y sólo entonces podré narrar una historia coherente de mí mismo. Y esta versión mía, acerca de mí mismo, se impondrá a cualquier otra que alguien haga de mí.

54. Lo que está adentro se proyecta. Lo que está afuera se representa. En un contexto en que todo está adentro, que nada hay afuera, no hay nada que representar sólo que proyectar.

55. La verdad surge siempre de la confrontación de dos posturas opuestas y como el que más sabe siempre tiene la razón, en este sentido, la verdad se hace, es inútil que nos pongamos a buscarla.

56. Lo mejor y lo peor, no resultan de la comparación de distintas fundamentaciones, sino de una mejor o peor descripción. Toda nuestra preocupación ha de ser la de hacer cada vez mejor la descripción de nosotros mismos.

57. En el mundo que descubro a diario, siempre distinto, la razón, a diferencia de la imaginación, no es un factor de producción, y como el pensamiento no tiene existencia por sí mismo, sino que la obtiene a través del lenguaje, entonces es éste el factor de salvación. Después de cada catástrofe sólo se salvan aquellas cosas que pueden ser redescritas por el lenguaje.

58. La existencia de las cosas depende de que nosotros podamos determinarlas. Todo aquello que no ha sido determinado por el hombre, no puede tener una real existencia, por tanto, ¿qué sentido tiene que nos pongamos a hablar de tales inexistencias?

59. Huir de las influencias es como huir de la luz, si huimos de la luz, nos hundiremos en las tinieblas, como si huimos de las influencias, moriremos en la ignorancia. Aprendamos, porque al final, lo que se impondrá, será la coherencia con que narremos nuestra propia versión del mundo.

60. No reconocemos ninguna cosa en la que haya algo que escape a nuestra descripción, las cosas de nuestro mundo, están en su totalidad, contenidas en las descripciones que hemos hecho de ellas.

61. Si somos capaces de crear versiones del mundo, hemos de comprometernos también a indagar esas versiones, a interpretarlas una y otra vez, porque, cada vez que nuestro lenguaje se transmute, nuestra versión del mundo cambiará.

62. No creo que me valga de algo ponerme a razonar, si una creencia mía es verdadera o es falsa, el hecho es que la tengo y que es parte de mí y que influye en mi manera de ser y que me predispone a actuar de determinada manera.

63. De un consenso ha de salir siempre, un punto de vista dominante (verdadero), frente al cual serán falsos los otros puntos de vista.

64. No me dedico a observar un mundo externo, porque siento los efectos de un mundo dentro de mí. No puedo decir cómo es cada cosa en este mundo que llevo adentro, porque sólo puedo describir aquellas cosas de las cuales voy tomando conciencia.

65. A veces les atribuimos propiedades o cualidades a las “cosas” sin percatarnos de que dichas propiedades o cualidades son proyecciones nuestras y que éstas cambian cuando cambiamos de perspectiva.

La afirmación de algunos filósofos en el sentido de que el mundo cambia sólo cuando nosotros cambiamos, es correcta a medias nada más.

Es obvio que nosotros también cambiamos cuando el mundo cambia.

66. Cuando escribo lo hago con un ojo y un oído internos. Visualizo imágenes y escucho un ritmo que surge del movimiento de esas imágenes.

Si de algo puedo vanagloriarme, es del hecho de considerarme **poeta** y como tal, me sentía obligado (en el pasado) a dar una definición de la poesía. Ya no hago ningún esfuerzo en este sentido, me di cuenta de que cualquier intento de darle una definición fija a la poesía, era un acto de inexperiencia.

La poesía es como la vida. La vida es la manifestación de una complejidad, surge en la medida en que la materia se va volviendo compleja y la poesía es una manifestación rítmica de la naturaleza. La poesía está en todo, todo está impregnado de poesía. El ritmo como elemento poético por excelencia, surge de un orden de cosas.

Hay un ritmo universal que surge del orden cósmico y el poeta, imponiendo un orden en las cosas de su dominio, hace surgir un ritmo artificial que deleita a la sensibilidad humana.

67. Los filósofos posmodernos se han percatado de que lo que hemos hecho en cada época, ha sido redescubrir o reinterpretar las cosas.

Un cambio, por ejemplo, generalizado de paradigmas, implica una reinterpretación de todas las cosas.

No es posible decir la última palabra sobre ninguna cosa, porque lo único que hacemos es dar versiones de ellas cuando les atribuimos una determinada descripción, pero toda descripción puede ser reemplazada por una redescubierta y ésta por otra, así al infinito.

No existe la verdadera y mucho menos la última descripción de las cosas.

68. Lo que hace la diferencia entre un estado caótico y uno de orden, es un grado de conciencia, sólo podemos ordenar aquellas cosas, de las cuales vamos tomando conciencia.

69. La creación se inicia a partir de que tomamos conciencia de ciertas necesidades.

70. En términos representacionistas, la mente humana es el mapa del mundo, pero en términos de la física teórica (que es nuestra postura) llevamos el universo entero, con todas sus propiedades, dentro de nosotros.

FUENTES

- Richard Rorty (1996) OBJETIVIDAD, RELATIVIDAD Y VERDAD: escritos filosóficos- 1. Ediciones PAIDÓS
- Richard Rorty (2000) VERDAD Y PROGRESO: escritos filosóficos 3. Ediciones Paidós. básico.
- Richard Rorty (1991) CONTINGENCIA, IRONÍA Y SOLIDARIDAD. Ediciones PAIDÓS.
- David Bohm y David Peat (1998) CIENCIA, ORDEN Y CREATIVIDAD. Editorial Kairós.
- E. J. LOWE (2000) FILOSOFÍA DE LA MENTE. Ideas Books.
- DANIEL DENNETT (1995) LA CONCIENCIA EXPLICADA. Ediciones PEAIÓS.
- Carlos Rojas Osorio (2002) LA FILOSOFÍA EN EL DEBATE POSMODERNO. Editorial Euna. REVISTA DE FILOSOFÍA, AÑO XXVIII. Enero-abril 1995, Mexico.
- Rafael Echeverría (2005) ONTOLOGÍA DEL LENGUAJE. Ediciones Granica S. A.
- Ilya Prigogine (1998) EL NACIMIENTO DEL TIEMPO. Tusquets Editores.
- STEPHEN W. HAWKING (1988) HISTORIA DEL TIEMPO. Editorial Critica.
- FRIEDRICH NIETZSCHE (1999) EL OCASO DE LOS IDOLOS. Ediciones y distribuciones Mateos.
- Hans Reichenbach (1988) EL SENTIDO DEL TIEMPO. Ed. Universidad Nacional Autónoma de Mexico.
- Hilary Putnam (2000) SENTIDO, SINSENTIDO Y LOS SENTIDOS. Ediciones PAIDOS.
- Hilary Putnam (1994) LAS MIL CARAS DEL REALISMO. Ediciones PAIDOS.
- Donald Davidson (1992) MENTE, MUNDO Y ACCION. Ediciones PAIDOS.
- Michel Mffesoli (2001) EL INSTANTE ETERNO. PAIDOS, Buenos Aires – Barcelona – Mexico.
- Hilary Putnam (2004) EL DESPLOME DE LA DICOTOMIA HECHO – VALOR. Ediciones PAIDOS.
- Gilles Deleuze y Felix Guattari ¿Qué es la filosofía? Editorial Anagrama, S. A. 1993.
- JÜRGEN HABERMAS, VERDAD Y JUSTIFICACIÓN, Editorial Trotta, S. A. 2002
- RUPERT SHELDRAKE. LA PRESENCIA DEL PASADO. 1990. Editorial. S. A.
- Richard Rorty El pragmatismo, una versión. 2000: Editorial Ariel. S. A.
- JÜRGEN HABERMAS. TEORÍA DE LA ACCIÓN COMUNICATIVA: COMPLEMENTOS Y ESTUDIOS PREVIOS. Ediciones Cátedra. S. A. 1997.